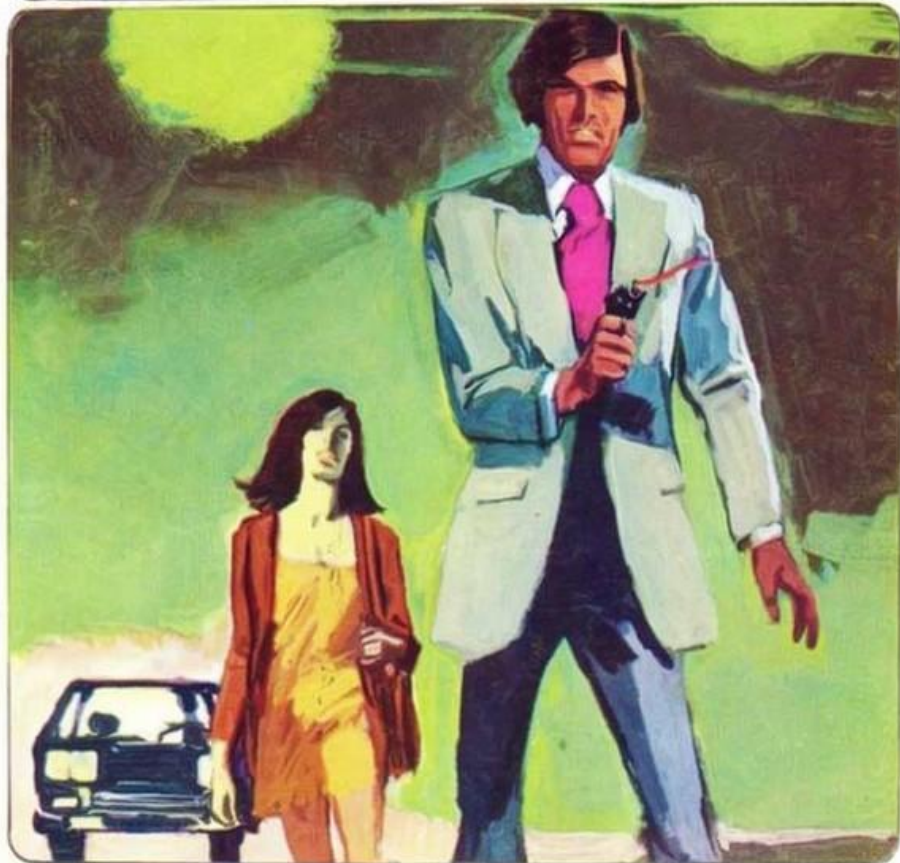


BOLSIBROS BRUGUERA



Lou CARRIGAN

ELLA SE LLAMA "TWIST"





eb

LOU CARRIGAN

**ELLA SE
LLAMA "TWIST"**

Colección LA HUELLA n.º 40
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2
Depósito legal: B 24860-1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en esta Colección: agosto, 1975

© Francisco Bruguera - 1966

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

PRELUDIO

—¿Crees que habrá acudido a la cita?

—Seguro que sí —dijo duramente el hombre—. Aldous es incapaz de faltar a una cita de la cual puede obtener beneficios.

La muchacha rió quedamente.

—¿Beneficios? —se burló.

—Bueno... Eso es lo que él cree, al menos. De todos modos, no conviene confiarse demasiado. No es tonto.

—Pero tampoco listo.

—No... Muy, lo que se dice muy listo, no lo es, en efecto. No ha debido meterse en los negocios de otros. Todos los cerdos tienen sus pocilgas donde hociquear... Es lógico que si van a pocilga ajena salgan... en malas condiciones.

—Si salen.

—Eso es: si salen... Creo que es por aquí.

Había una desviación en la carretera que une Santa Mónica y Oxnard. El hombre metió el coche por ella; un camino amplio, sin asfaltar, pero en buenas condiciones. Una milla más allá, durante cuyo recorrido los dos permanecieron en silencio, el camino se ensanchaba, mostrando a ambos lados un bosquecillo aceptablemente denso de cedros. Por fin vieron la pequeña explanada circular donde todavía se ensanchaba más; en un extremo, un poste indicador de la desviación de otro camino. Y junto al poste, un coche estacionado, con todas las luces apagadas.

—¿Habrás venido solo?

—Ahí está su coche.

—Ése fue el trato. Si no está solo, él sabe muy bien que no habrá conversación de negocios.

—Y si ha venido solo... la conversación será... inesperada.

—Para él.

—¡Eso es! —volvió a reír la muchacha—. ¡Inesperada para él...!

El coche se detuvo delante del otro, con mullido vaivén. El hombre se apeó por la portezuela de junto al volante, y la muchacha lo hizo por el otro lado, con agradable sonido de oro en una muñeca. La pulsera con la moneda colgando recogió con agradable tintineo la luz de la luna.

Los dos se reunieron a un lado del coche, y el hombre señaló hacia el interior de éste.

—Será mejor que hagas la señal.

Ella sonrió como quien se disculpa a sí misma por un fallo, y recogió del interior del coche una linterna. Luego apuntó con ella hacia el interior del bosquecillo y la apagó tres veces.

Casi en seguida, cedros adentro, tuvieron la respuesta en forma de la misma señal.

—Lo tenemos ahí. Vamos.

—Ten cuidado...

—No te preocupes.

Se metieron en el bosquecillo. En seguida oyeron el rumor de alguien acercándose a ellos, y en pocos segundos se encontraron entre los cedros con un hombre de mediana estatura y algo grueso, que apuntó la linterna hacia el suelo y la encendió el tiempo suficiente para que el resplandor llegase hasta los rostros del hombre y la mujer que había estado esperando.

—¿Qué tal, Aldous? —saludó el hombre.

—Bien... Muy bien, Henry... Sólo quiero aclarar que no me fío de ti, de vosotros.

—Entonces, no debiste venir aquí.

—¿Por qué no? —Se adivinó la fría sonrisa del hombre—. No fiarme no quiere decir que os tenga miedo.

Y, además, estoy prevenido. Será mejor que no os mováis ahora, durante unos segundos.

—Oye...

—Oíd vosotros: ya os digo que no me fío ni un pelo. Por eso tengo la pistola en la mano izquierda. Quiero convencerme de que no lleváis armas, y entonces guardaré la mía y charlaremos.

—Si tú llevas armas, también tenemos derecho a llevarlas nosotros, ¿no?

—Derecho, sí, sin duda. Pero se trata exclusivamente de mi tranquilidad, no de vuestros derechos —apuntó de nuevo la luz al suelo—. ¿Quieres subir los brazos, Henry?

—No me gusta esto, Aldous. No me gusta nada. Ésta es una reunión amistosa y...

—Y tiene que acabar como tal. Por mi parte, os aseguro que estoy siempre dispuesto a escuchar apaciblemente un buen trato. ¿Sí, Henry?

—Está bien...

Henry alzó los brazos, y el regordete llamado Aldous se adelantó hacia él y metió la mano, con la linterna, bajo la entreabierta chaqueta. Cuando la retiró, llevaba en ella una pistola.

—¿Te das cuenta, Henry? —musitó, algo burlón.

—¿Qué demonios te pasa? —refunfuñó Henry—. Sabes de siempre que no es raro en mí llevar un arma. Pero eso no quiere decir que piense utilizarla contra ti, Aldous.

—Oh, está bien, está bien... ¿Te importa que me la quede durante los minutos de esta charla tan confidencial?

—Quédatela. Y ahora...

—Y ahora veamos tu linda chica si no lleva alguna «Thompson» en el escote.

—Aldous, como pongas tus puercas manos en ella...

—¡Sólo la miraré, Henry! —sonrió el otro—, no seas quisquilloso. Date la vuelta, encanto.

La muchacha obedeció, y Aldous oyó el tintineo.

—¿Qué es eso?

—Una pulsera —rió la muchacha—. Y cuidado con ella, Aldous, Podría utilizarla para estrangularte.

Aldous farfulló algo, irritado y, contra su promesa, pasó una mano por el cuerpo de la muchacha, por los sitios clave para ser escondida un arma... Lo que no supo fue que, en el corto espacio de tiempo dedicado a pasar la luz de la linterna de uno a otro, la muchacha entregó algo a Henry a escondidas.

—Merecerías que te cortasen esta puerca mano, Aldous —masculló la muchacha.

—De eso se hablará en otro momento, preciosa. Bien..., parece que no llevas nada peligroso encima. Aparte de tus encantadores peligros naturales, se entiende.

—Eres muy gracioso —gruñó Henry—. ¿Y ahora?

—Ahora, hablemos de este negocio..., de ese trato tan sumamente interesante.

—No abriré la boca hasta que me devuelvas la pistola, Aldous.

—Mal asunto, porque no estoy dispuesto a hacerlo. Lo que sí haré, en cambio, Henry, es guardarme las dos pistolas. Cuando la charla haya terminado, te devolveré la tuya. Oh... Y más vale que lleguemos a un acuerdo amistoso en la charla... ¿Entiendes?

—No tengo ganas de discutir más. Vayamos directos al asunto: se trata del *Blue Sky*.

—¿Del yate de ese tipo llamado Revelle? —rió Aldous—. ¡Oh, vaya, no puede decirse que seas tonto, Henry!

—Aldous, éste es el trato: no compres el yate.

—Bien... Como principio, la cosa no me gusta. Pero quizá si continuas hablando nos entendamos mejor. ¿Qué compensación me ofreces por no comprar ese yate?

—Quiero que lo entiendas bien: no tienes que comprar el *Blue Sky*... ni ningún otro yate.

—Un momento, tío listo. ¿Crees que eres el único que tiene derecho a hacer negocios? Mira, hay muchos yates que pueden ser comprados. Si vamos a pelear por el *Blue Sky*, yo os lo dejo para vosotros y en paz.

Pero de ninguna manera pienso comprometerme a no comprar otro yate que reúna las condiciones para ese negocio... No es una exclusiva vuestra, ¿eh?

—De eso se trata: queremos que sea una exclusiva.

—Y a mí que me parta un rayo, ¿no?

—Haremos un arreglo. Tú puedes continuar adelante..., pero trabajando para nosotros. Cien mil anuales, Aldous.

Éste se echó a reír.

—¡Cien mil dólares al año! ¿Es una broma, Henry?

—No. No es ninguna broma.

—Pues escucha esto. En primer lugar, yo no tengo por qué trabajar para nadie. Y en segundo lugar, sé que hay en el asunto mucho más de cien mil pавos al año. Eso está claro.

—¿No hay trato entonces, Aldous?

—En esas condiciones, no. Socios, Henry. En sociedad, acepto el trato. A medias. Y nos convertiremos en multimillonarios en menos

que croa una rana. ¿Vale?

—No lo sé... No soy yo quien manda en esto, Aldous. Soy un enviado.

—Ajá... Lo suponía, claro, porque no eres tipo capaz de reunir el dinero que vale un solo yate, Henry. Está bien, tienes un jefe, un tío listo y con dinero. Ve allá y dile esto: Aldous acepta una sociedad, una... cooperación en el asunto de los yates. A medias, de acuerdo al capital y al trabajo aportado. O eso, o cada cual hará lo que pueda por su parte. ¿Okay, Henry?

—Eso no le va a gustar a mi jefe, Aldous.

—Tampoco me gusta a mí lo que propone tú jefe. Y yo soy otro jefe, Henry. Nada de obedecer órdenes ni de ser yo quien haga los trabajos sucios o quien dé la cara... Nada de eso. Jefe y jefe, los dos a medias y en buena armonía. O eso, repito, o nada. Ve a decírselo al tío listo.

—Está bien, Aldous. Ya te diré algo.

—¿Cuándo?

—Mañana, a esta misma hora y aquí mismo.

—De acuerdo... ¿Quieres tu pistola?

—Claro.

Henry adelantó la mano izquierda hacía, la pistola que le devolvía Aldous, y mientras la tomaba apretó el resorte de la navaja que había colocado antes en su mano la muchacha. Aldous oyó el chasquido y se envaró, alerta y desconcertado a la vez. Su subconsciente le advertía del peligro, pero su rapidez mental no era lo bastante buena para saber qué clase de peligro concreto era y por dónde iba a llegarle.

Cuando lo supo, la navaja estaba ya camino de su costado izquierdo. Recibió allá el terrible golpetazo, que hundió la navaja hasta el fondo. Lanzó un alarido y quiso recuperar la pistola de Henry para utilizarla contra su propietario. Pero éste había arrancado ya la navaja y estaba asestando otro golpe, aún más duro y violento que el primero.

Tan violento, que Aldous saltó hacia atrás, mientras la pistola escapaba de ambas manos forcejeantes y caía al suelo. Aldous rodó un par de veces sobre sí mismo, jadeando fuertemente, gimiendo a la vez..., pero también intentando a la vez sacar su propia pistola.

Henry saltó hacia él, intentando rematarlo, pero Aldous rodó de

nuevo... y cuando quedó boca arriba tenía ya la pistola en la mano.

El estampido pareció quedar ahogado entre los cedros, mientras Henry, que había saltado hacia un lado para esquivar la bala, tropezaba con unas matas y caía de espaldas. Aldous lanzó un chillido de triunfo y consiguió incorporarse. Estaba apuntando con su pistola a Henry cuando intuyó, más que vio, lo que estaba sucediendo a su izquierda.

Se revolvió hacia allí, comprendiendo dónde estaba realmente el peligro ahora, pero la muchacha ya estaba disparando con la pistola de Henry, recogida rápidamente del suelo.

La bala dio en la frente de Aldous y lo empujó hacia atrás, ya muerto.

Henry se puso en pie, pálido como un cadáver, y se acercó a Aldous. Observó sus ojos abiertos, su gesto petrificado de miedo, de quien comprende que inevitablemente va a morir... La bala había salido por la coronilla, y el espectáculo resultaba desagradable en verdad.

—Vámonos... —dijo nerviosamente la muchacha—. ¡Vámonos en seguida de aquí! Alguien puede haber oído los disparos.

Echaron a correr hacia la salida del bosquecillo, se metieron luego en el coche y Henry lo puso en marcha a toda prisa. Dio la vuelta y lanzó el vehículo a más velocidad de la prudente por un camino de aquel tipo. Poco después salían a la autopista y Henry dio todavía más gas.

La muchacha iba mirando hacia atrás, pero dejó de hacerlo por fin, y suspiró. De pronto, se dio cuenta de que todavía empuñaba la pistola con tanta fuerza que le dolía la mano.

—Tu..., tu pistola.

—Iremos a la bahía y la tiraremos allí —musitó Henry—. Por nada del mundo quisiera llevar eso encima. Y cálmate, pequeña... No va a pasar nada. Ya todo está hecho. Aldous era el único que tenía la misma idea de los yates. Ahora todo irá bien.

—Así lo espero...

Henry palmeó una mano de la muchacha.

—Tranquila... Tranquila.

* * *

Media hora después, el arma era arrojada al mar por Henry, que

regresó al coche a toda prisa.

Y poco menos de media hora más tarde, el coche se detenía junto a la entrada lateral de un *night-club*, en el callejón que comunicaba las dos avenidas.

Henry suspiró profundamente y miró a ambos lados del callejón.

—No viene nadie... Éste es el momento. Hasta luego.

—Hasta luego. ¿Vendrás por aquí?

—Claro... Lo contrario podría ser sospechoso si alguien llegaba a pensar demasiado.

—Claro...

La muchacha se apeó y corrió hacia la escalerilla de hierro que llevaba a la entrada de los artistas del *night-club*. Henry la estaba mirando, y se dio cuenta del sobresalto de ella cuando ya estaba casi arriba.

Se alarmó cuando la vio descender a toda prisa y regresar hacia el coche. Ella metió la cabeza por la ventanilla, al mismo tiempo que un brazo.

—¡La pulsera! —Casi chilló—. ¡La he perdido!

Henry palideció.

—¡Pero has debido darte cuenta...!

—¡Si me hubiese dado cuenta la habría recogido! ¡Quizá haya caído allí, donde está Aldous...!

—No sé... Es posible, claro... ¡Iré a buscarla!

—Puede..., puede ser peligroso... Si alguien oyó los disparos, habrá avisado a la policía...

—Iré con cuidado... Vete a tu trabajo. Yo me encargo de eso.

La muchacha volvió a la entrada lateral del club y Henry puso el coche en marcha... Segundos después pasaba por delante del club, en cuya fachada, con letras luminosas, estaba el nombre «*Twist Club*».

* * *

Lo detuvo en el mismo lugar de antes. Todavía estaba allí el de Aldous, y ya desde un buen trecho antes se había dado cuenta de que todo continuaba en paz allí. Era un camino frecuentado apenas, y si alguien había pasado, se habría limitado a sonreír maliciosamente al ver allí un coche parado, cerca de la espesura de los cedros. Cosas de aquéllas eran corrientes.

Cogió la linterna y fue hacia el lugar, examinando el terreno. Dirigió el haz de luz hacia el cadáver de Aldous, y hubo algo, no supo qué, que le llamó la atención. Se acercó más e iluminó su rostro.

Instantáneamente, Henry quedó mucho más pálido que el cadáver. Dio un paso atrás, sin poder contenerse. Luego otro, otro, otro...

Y huyó de allí a toda prisa, sin pensar en nada más. Escapar. Alejarse de allí cuanto antes y lo más de prisa que fuese posible.

CAPÍTULO PRIMERO

—Un nítido caso de ensañamiento criminal, señor.

—Nos encargaremos del asunto, ¿no es así?

—Así es, Anker, Ve a decirle a los de Caminos que esto queda en nuestras manos. Y díselo al teniente Barrows.

—Sí, señor.

El agente se alejó y Vance Hagerty, inspector del FBI, dirigió una mirada más al cadáver. No por placer, desde luego, sino porque, con un esfuerzo brutal, intentaba comprender cómo podía haber en el mundo personas que hicieran aquello. Premeditadamente, por supuesto.

No se corta la lengua y las manos de un hombre de modo accidental. Incluso contando con la ayuda de un hacha para cortar las manos, hay que desterrar la posibilidad de una pelea estremecedora. Suponiendo que aquel hombre hubiese disparado con aquella pistola que había junto a él, contra una persona armada con un hacha, y que el del hacha hubiese vencido, podía, quizá, haber cortado una mano de un tajo... La mano que empuñase la pistola. Pero no las dos. Luego, estaba la lengua. Eso no podía hacerse con un hacha. Había que estirar la lengua hacia afuera, posiblemente pinchándola con algo, y luego cortar, y...

Vance Hagerty se estremeció.

Desde luego, lo que había causado la muerte de aquel hombre era la bala que había atravesado su frente y salido por la parte posterior de la cabeza, cerca de la coronilla, en línea descendente, lo cual quizá indicaba que el hombre había estado tumbado de espaldas, o sentado... Eso bastaba para matarlo. ¿Por qué lo otro?

Un coche de la Highway Patrol había pasado por allí, había visto el coche estacionado cerca del cruce y había buscado al

propietario...

Y lo había encontrado.

Luego, una llamada a la policía, y ésta, en cuanto vio el desaguisado, se había apresurado a llamar al FBI. Mutilación criminal, obviamente.

El frenazo de un coche distrajo la atención de Hagerty de sus sombríos pensamientos. Casi en seguida, unos cuantos hombres aparecieron junto a él, procedentes del cruce de caminos.

—Ya estamos aquí, señor. ¿Empezamos?

—Sí, Irving. A ver qué sacáis en limpio. Mucho cuidado: en este terreno no es fácil obtener buenas huellas. Os espero en el camino.

—Sí.

Salió del bosquecillo y se dirigió hacia el coche en el que, en primer lugar, habían llegado él y el agente Anker Ambrose, A. A., como le llamaban en broma sus compañeros, que aseguraban que era tan lindo como la B. B. o la C. C., o sea, claro, Brigitte Bardot y Claudia Cardinale.

Efectivamente, Anker Ambrose era lindo, pero con cara de tener malas pulgas.

—Veamos esa billetera, Anker.

—Sí, señor.

Hagerty se metió en el coche y Anker se sentó a su lado, para echar también un vistazo al contenido de la billetera.

—Aldous Marbs, cuarenta y dos años, nacido en San Diego, California, residente en Los Ángeles, de profesión viajante... Hum... Seis..., siete..., ochocientos..., diez..., veinte... Ochocientos veinticinco dólares. No es gran cosa, ¿eh? Llama a la Delegación, que miren si tenemos la ficha de Marbs, Anker.

Ambrose llamó por la radio a la Delegación, encargó que buscasen el nombre de Aldous Marbs y aceptó el cigarrillo que le ofrecía Hagerty, el cual estaba muy pensativo.

—Está claro —musitó el inspector— que no lo han matado para robarle.

—Desde luego que no. Ochocientos dólares no es precisamente una fortuna, pero tampoco se dejan en poder de la víctima así como así... Hay quien ha matado por mucho menos.

—Sí... Pero no se ha... «entretenido» cortando manos y lengua. Sin embargo, no vamos a desterrar la posibilidad de un ladrón

vulgar metido en esto. No me mires así —casi sonrió Hagerty—. Ya sé que no ha sido un ladronzuelo, pero no hay que precipitarse nunca. ¿Qué hay, Irving?

El agente Irving Emerick metió un brazo por la ventanilla, llevando colgada de un dedo una pulsera de oro de la cual colgaba una moneda también de oro.

—Estaba en el lugar del crimen, señor. La vimos brillar, aunque allá no entra demasiado el sol.

Hagerty cogió también con un dedo la pulsera.

—¿Dónde, exactamente?

—Entre unas hierbas.

—¿Escondida?

—No, no... Se le cayó a alguien, según parece. La perdió.

—Vaya, vaya... Aquí tenemos la pista que nos llevará al criminal —ironizó Hagerty—. Es una bonita pulsera.

—Hay una inscripción en la moneda, señor.

—¿Sí...? Veamos.

La tocó con otro dedo, de modo que la inscripción quedase encarada a él. Sólo una palabra, de cinco letras: *TWIST*.

—Bueno... No parece que esto vaya a servir de gran cosa. A veces, las chicas ponen aquí su nombre: Agatha, Mary, Sarah... Pero la palabra *TWIST* no creo que nos ayude demasiado... ¿Habéis encontrado la bala?

—Antes que la pulsera... —sonrió Irving—. Estaba tan a la vista que nos sorprendió.

—¿Tan a la vista? ¿Cómo se explica eso?

—Bueno... Creemos que después de atravesar la cabeza de la víctima llegó hasta uno de los árboles... y quedó clavada allí, casi a ras del suelo, apenas una décima de pulgada.

—¡Ah...! ¿Habéis comprobado...?

—La bala está muy aplastada, señor, y no es fácil asegurarlo, pero creemos que no salió de la pistola que, según parece, tenía la víctima.

—Veremos lo que dice Balística. Porque si la bala no ha salido de la pistola de Aldous Marbs, podríamos suponer que la otra persona tenía su propia arma, con la cual disparó contra la cabeza de Marbs.

—Eso bien pudo hacerlo una chica, señor. Pero no los navajazos.

—¿Los navajazos?

—Tiene dos, en un costado; en el izquierdo.

—Demonios... Yo creí que aquella sangre que veía en el costado era de las manos cortadas, o... ¿Estás seguro de que son navajazos?

—Lo dice el forense.

—Ya... Entonces, claro, son navajazos. ¡Qué barbaridad! Una bala en la cabeza, dos navajazos, las manos y la lengua cortadas... Demasiadas cosas para matar a un hombre. ¿No se ha encontrado la otra pistola, la que suponemos que lo mató?

—No, señor, pero seguimos buscando. Desde luego, hubo aquí una mujer.

—¿Por la pulsera?

—Y por las huellas: los tacones de los zapatos se han marcado bien en algunos lugares donde apenas hay hierba. Tacones muy puntiagudos, muy altos, sin duda.

—Pero también hubo un hombre... —musitó Hagerty—. Una mujer no es probable que se dedique a dar navajazos a un hombre armado... Y tuvo que haber un hombre, capaz de dar esos navajazos y de cortar las manos y la lengua. ¡Cuántas huellas y pistas...!, ¿verdad?

Irving Emerick vaciló.

—¿Cree que todo es mentira, señor?

Hagerty encogió los hombros.

—Seguid buscando, Irving.

—Si, señor... Lllaman...

Espera, a ver qué dicen.

El inspector atendió la llamada de la radio.

—Hagerty —dijo.

—Señor, es sobre Aldous Marbs. Tenía ficha.

—Magnífico. ¿Qué clase de angelito era?

—Bueno... Primero fue fraude, luego robo... Lo primero, en mil novecientos cincuenta y cuatro, lo segundo en mil novecientos sesenta y uno. Lo último es más interesante. Hace un par de años, y casi recién salido de la cárcel, se vio metido en un asunto de chicas.

—¿De chicas?

—Ya sabe, señor... Parece que estaba mezclado con aquel *gang* que enviaba chicas a Las Vegas los fines de semana, en avión, aparentemente para pasar allí un par de días jugando y tal, pero en

realidad...

—Entiendo, entiendo... ¿Tuvo condena por eso?

—No, señor. No se pudo probar su participación. Quedó libre.

—Está bien... Buen pájaro el tal Marbs... Quiero esa ficha en mi mesa para cuando regrese a la Delegación.

—Sí, señor.

Hagerty cortó y quedó pensativo una vez más.

—Un ser maravilloso el finado Marbs, ¿no, señor? —dijo Irving.

—Oh, sí... Muy maravilloso. Espero que no vuelvan a meternos en asuntos de chicas... No me gusta el tema. Prefiero espionaje y cosas así. Los espías son gente simpática: no se meten en suciedades de esa clase... Te liquidan o no, pero son bastante decentes... Sigue buscando, Irving. Esto... Anker y yo nos vamos a la Delegación. Terminas aquí, te dejas el cadáver en la *Morgue* y te presentas en mi despacho con todos los datos completos que hayas podido reunir. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, señor. Hasta luego. Bay, A. A.

Ambrose refunfuñó algo y puso en marcha el coche, dejando a Emerick sonriendo ante su enfurruñamiento por haber sido llamado, una vez más, A. A.

* * *

Había un hombre en el despacho de Hagerty. Estaba leyendo la ficha de Aldous Marbs, pero se puso en pie apenas apareció el SAC^[1], y se lo quedó mirando, sonriendo.

—¿Qué tal, señor? Hola, bello A. A.

Hagerty soltó un refunfuño más sonoro que el de Ambrose Anker y se dirigió a su sillón, ante la mesa.

—¿Ya estás bien, Chase?

El agente especial del FBI Chase Manning, sonrió de nuevo. Era un tipo de mediana estatura, hombros anchos, cintura delgadísima y mentón de roca. Pero con sus cabellos rubios lacios, su sonriente boca y sus rasgados ojos de límpido azul, producía la impresión de un muchachote que acaba de terminar un durísimo partido de *rugby*.

—Muy bien, señor, gracias. Nuestros matasanos son unos fenómenos sacando balas. ¿Soy bueno para algo?

—Si de verdad estás en condiciones, eres bueno para trabajar,

como todos. ¿Has leído la ficha de ese Aldous Marbs?

—Sí, señor... Un cochinillo, ¿eh? Porque, vamos, lo de robar y estafar, a veces se hace con gracia. Pero eso de las chicas para Las Vegas... ¿Ha reincidido?

—No lo hará nunca más.

—Oh... Comprendo. —Chase se pasó el índice por la garganta—. ¡Raaaá-ásss! ¿No?

—Eso es: ¡raaaaá-ásss...! Pero no le han cortado el cuello... Solamente las manos y la lengua.

Chase Manning quedó boquiabierto un segundo. Miró a Ambrose, de nuevo a su jefe, y se sentó delante de éste.

—¿Por dónde empiezo, señor?

—Calma... Calculo que en una hora sabremos cosas definitivas respecto a huellas y pistas. Irving quedó allá dirigiendo todo eso. Cuando vuelva, sabremos a qué atenernos... Las once y cinco... Tomaremos algo de café y te explicaré lo que hay mientras Irving regresa. Luego, ¡a trabajar!

Lo que ya se sabía: había sido otra pistola la que había matado a Aldous Marbs, no la de éste mismo. Con toda seguridad, había habido allí una mujer y otro hombre, que también llegaron y se marcharon de allá en coche. Algo nuevo: parecía como si aquel coche, a juzgar por las marcas de las ruedas en el camino, hubiese llegado allí dos veces, y marchado otras tantas.

Eso era todo.

Hagerty miró a Manning, que estaba balanceando la pulsera sobre un dedo.

—¿Qué opinas de la pulsera, Chase?

—Nada. ¿Qué puedo opinar? Hay tipos que son capaces de llevar cualquier cosa, pero no creo que se atrevan a llevar una cosa tan linda públicamente. Se les vería demasiado el asunto... —sonrió—. Por otro lado, si hay huellas de zapatos femeninos... ¿Qué demonios querrá decir con esto de *TWIST*? Claro, es un baile, pero grabado aquí no nos sirve de nada..., por el momento.

—Irving, ve a buscar a los agentes que estén libres de servicio. Y os dedicáis a enteraros por ahí de la vida y milagros de Aldous Marbs. Todo lo posible. Que se muevan los confidentes a toda prisa. Y quiero resultados. Qué hacía Marbs, con quién trabajaba, en qué se ocupaba ahora, quién fue el último en verlo... Demonios, no creo

que necesites tantas indicaciones, ¿eh?

—No, señor —sonrió Emerick—. Hasta la vista. Bay A. A., Chase...

—Bay, Irving —rió Manning.

Hagerty se puso en pie.

—Puesto que sabemos el domicilio de Marbs, nosotros tres iremos allá, a ver qué pasa.

* * *

No pasaba nada. Un estupendo apartamento en Pasadena Boulevard, bien amueblado, elegante, sobrio, todo ordenado, impecable... Eso era todo.

—Vivía bien —comentó Manning.

—Pero murió fatal —replicó Ambrose—. Y me pregunto si valía la pena. ¿Registramos, señor?

—Con mucho cuidado, Anker.

—Oh, claro...

Hagerty se ocupó del despacho. Se dio una vuelta por él, sin ver nada que llamase su atención y, finalmente, se sentó ante la mesa. Sacó su pañuelo, se rodeó la mano derecha con él y empezó a abrir cajones.

No parecía que hubiese nada interesante tampoco allí, excepto aquellos dibujos.

—¡Chase, Anker...!

Los dos agentes llegaron inmediatamente al despacho, y Hagerty les señaló, los dibujos.

—¿Qué pensáis sobre esto? Pesadlos con cuidado. Es posible que nos los haya dibujado Marbs, y en ese caso quizá encontraríamos huellas.

—Son yates... —musitó Chase—. Dibujos de yates. Bueno, son bastante malos, señor, pero yates, desde luego... No entiendo esto..., estas rayas... parecen compartimentos...

—Cualquiera sabe. Lástima que Marbs, no supiese dibujar mejor. Eso, suponiendo que estos dibujos los haya hecho él.

—En su ficha no constaba esta habilidad o inclinación.

—Bueno —apuntó Ambrose—, cualquiera puede dibujar un yate más o menos bien, si se lo propone. Y si le gusta, pues dibuja varios.

—En todos ellos hay esta especie de compartimentos... Y no son

camarotes: resultarían demasiado pequeños. ¿Usted lo entiende, señor?

—Ni una raya, Chase.

—A lo mejor estaba pensando comprarse un yate, o pedir a algún astillero que se lo construyese.

—A lo mejor, Anker. Sólo que un yate no vale veinte centavos, según tengo entendido. Bueno, esto es todo lo que hay, por el momento. A ver si los de Huellas nos encuentran algo interesante por aquí. A veces, la gente tiene visitas... reveladoras. ¿Habéis encontrado algo vosotros?

—Estábamos buscando.

—Os ayudaré. Luego os marcharéis para dedicaros también a enteraros de cosas de Aldous Marbs, mientras yo esperaré aquí a los de Huellas.

* * *

A las siete y media de la tarde, Vance Hagerty miró a los agentes que tenía ante él, en su despacho, y dijo:

—Falta Chase. A ver si él ha tenido más suerte.

Chase Manning llegó diez minutos después sonriente, saludando a todos. Era un muchacho de suerte, y como además de eso sabía compartirla con sus compañeros, y era simpático, fue acogido con bromas cordiales, hasta que Hagerty cortó la riada.

—Bueno, Chase, has encontrado algo, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—¿Qué cosa?

—Una cosa muy grande, blanca, que va por el agua y que vale más de veinte centavos...

—¿Un yate? —musitó Hagerty.

Manning asintió con la cabeza. Sacó una libreta de notas de un bolsillo interior de la chaqueta, y pasó unas hojas.

—El yate se llama *Blue Sky*, tiene como sesenta pies de eslora y veinticuatro de manga, está pintado de blanco, lo tripulan tres marinos y pertenece a un millonario llamado Ismael Revelle. Está anclado en Santa Mónica.

—¡Bien! ¿Has visto al propietario, a Ismael Revelle?

—Creí que usted querría tener ese placer, señor.

—Seguro que sí. ¿Cómo diste con él?

—Uno de nuestros confidentes, señor. Dijo que un par de días antes había visto a Marbs por Santa Mónica, subiendo a ese yate, Marbs era bastante conocido en los bajos fondos, claro, aunque se las daba de grande, y no quería cosas con peces pequeños.

—¿O Algo más?

—Sólo eso. Pero como vimos aquellos dibujos de yates...

—Anker, Irving, Chase: venid conmigo. Los demás, continuad buscando pistas de Marbs. Todo el mundo en marcha.

CAPÍTULO II

Se apearon los cuatro y se quedaron mirando el yate. Era grande, relativamente, y esbelto. Sin duda, tres marinos era lo menos que precisaba para una buena tripulación.

El nombre se veía en letras azules, de plástico, atornilladas de modo invisible al casco, en la proa.

—Veo dos hombres a bordo.

—Me dijeron tres... Eso, aparte del propietario.

—Bueno, no tienen por qué estar todos en cubierta, esperando nuestra visita. Vamos allá.

—Estoy pensando, señor...

—¿Sí, Chase?

—Bueno, quizá convendría hacer unas cuantas investigaciones sobre Ismael Revelle antes de abordarlo, ¿no cree?

—Pensé ya en eso, Chase. Pero siempre he oído decir que se pesca mejor en río revuelto. Claro que..., a lo peor es una tontería.

Los dos agentes se miraron, sonriendo.

—Pues no sé, señor... Pero si dicen que a río revuelto, ganancia de pescadores, será por algo.

Hagerty también sonrió.

—Entonces vamos a asustar a ese pez..., a ver si nos remueve un poco el río. Cuando nos marchemos, tú, Irving, que te vas a quedar ahora en el coche, te irás detrás de Revelle y te apuntarás hasta la hora en que se rasque. Eso, suponiendo que esté a bordo. Si no es así, nos enteraremos de dónde vive, y se procederá del mismo modo. ¿Entendido?

—Seguro, señor.

—Pues al coche. Nosotros vamos a ver a Ismael Revelle.

Irving Emerick regresó al coche y se sentó ante el volante,

encendiendo un cigarrillo, mientras su jefe y compañeros se dirigían hacia el yate. Los vio subir a bordo por la pasarela y sonrió cuando vio a Hagerty metiendo una mano al bolsillo, mientras uno de los marinos se dirigía rápidamente hacia los recién subidos al yate. No oyó nada, por supuesto, pero, realmente, lo adivinó...

—Oigan... —dijo el marino—. Esto es un yate privado, amigos...

Hagerty sacó su credencial y la enseñó brevemente al muchacho.

—Inspector Hagerty, del FBI. Queremos hablar con el señor Revelle.

—Oh... ¿Del FBI? ¿Ocurre algo?

—¿Es usted Ismael Revelle?

—¡Je! ¡Qué más quisiera yo que ser el propiet...!

—Entonces vaya a buscarlo.

—Emmm... Sí; señor, desde luego.

Anker y Chase se separaron un poco de Hagerty, mirando a todos lados del yate. No se veía a nadie más en la cubierta. Ni se veía absolutamente nada que pudiese resultar interesante de modo especial.

El marino había bajado las escalerillas que llevaban al interior del yate. Reapareció apenas medio minuto después. Era un muchacho alto, fuerte, ancho de hombros, de mirada viva. Llegó ante Hagerty y preguntó:

—Oiga: ¿yo no podría ser del FBI?

—¿Por qué no? —sonrió el inspector—. ¿Es usted abogado... o algo así?

—Caramba, no...

—Lástima. Pero eso tiene fácil arreglo: consígase el título... y luego venga a verme. ¿Qué hay del señor Revelle?

—Oh, él..., él los espera abajo, los recibirá, claro... ¡A ver! ¿Es difícil eso de ser abogado?

—Depende... ¿Podremos bajar ya?

—Sí, sí...

Hagerty se dirigió hacia las cabinas, seguido de los dos agentes. Al pasar junto al marino, Chase le dio una simpática palmadita en la espalda.

—Hay que estudiar, compadre —sonrió.

—Es que soy un cabeza dura.

Riendo, Chase fue el último en bajar por la escalerilla de

bruñida madera. Hagerty y Anker estaban ya en un espacioso *living* decorado magníficamente. Al fondo, un pasillo con puertas a cada lado. A la izquierda, un sofá corrido a lo largo del casco, ocupando todo un lado del saloncito. Algunas sillas plegables, un par de butaquitas, una mesita de cristal, una cámara fotográfica...

En el sofá, un hombre y una mujer. El hombre debía tener unos cuarenta años y la muchacha ya era vieja si alcanzaba los veinte. Llevaba un precioso modelito de tarde, que dejaba ver sus lindas rodillitas. El hombre también vestía de calle. Tenía un brazo pasado por la delgadísima cintura femenina, pero la soltó para ponerse en pie y quedar expectante frente a Hagerty. Parecía entre asombrado, confuso... y un poco preocupado. Esto último, Chase lo había comprobado ya, era corriente cuando alguien recibía la visita del FBI.

Hagerty había estado mirando a la muchacha, tan joven y bonita, y cuando miró al hombre, un tanto hoscamente, Chase sonrió, porque sabía lo que su jefe estaba pensando.

—Vance Hagerty, del FBI, señor Revelle. Ellos son dos de mis agentes: Manning y Ambrose.

—Encantado... Mi esposa..., la señora Revelle.

La muchacha sonrió y movió una manita. Y el ceño de Hagerty dejó de mostrar aquella expresión hosca. Los tres federales hicieron una inclinación de cabeza hacia ella, que se quedó mirando con evidente simpatía a Chase Manning.

—Eeem... Bien...

—Señor Revelle: ¿conoce usted a un hombre llamado Aldous Marbs?

—¿Ha... ocurrido algo?

—¿Lo conoce?

—Sí, desde luego... El señor Marbs y yo hemos sostenido últimamente un par de entrevistas en el yate, precisamente.

—¿Con qué objeto?

—Pues... Bueno, él estaba dispuesto a comprarme el yate, y, claro, había que concretar la operación.

—Entiendo. ¿Conocía usted de antes al señor Marbs?

—No...

—¿Cómo se conocieron, en tal caso?

—El vino aquí, hace unos días. Me dijo que se había enterado de

que yo quería vender el yate, y que estaba dispuesto a comprármelo. Eso es todo.

—¿Usted sabía la clase de persona que era Marbs?

—¿La clase de persona...? No le entiendo.

—Aldous Marbs estuvo acusado hace un par de años, aproximadamente, del asunto de las chicas de Las Vegas... ¿Leyó algo al respecto?

Ismael Revelle se mordió los labios. Era un hombre agradable, fornido, con media docena de canas en cada sien. Sano y robusto, de aspecto viril. Seguro que no había sido sólo el yate lo que había impulsado a la rubita a casarse con él.

—Claro... Sí, leí algo de aquello. Pero no comprendo...

—Estamos pensando, señor Revelle, que Aldous Marbs no era hombre que se gastase cuatrocientos o quinientos mil dólares en la compra de un yate..., a menos que esperase obtener un provecho de él. ¿No dejó entrever en ningún momento para qué lo quería?

—Bueno..., no sé para qué otra cosa que no sea navegar puede servir un yate, inspector.

—¿Le gusta a usted navegar?

—Más que nada en el mundo.

—En tal caso..., ¿por qué vende el yate?

Ahora fue Revelle quien compuso un gesto hosco.

—Eso es cuenta mía, ¿no?

La rubita intervino entonces:

—No seas descortés, amor. ¿Por qué no...?

—No tengo por qué dar explicaciones a nadie de mis actos honrados, querida.

—¡Claro que no! —rió la muchacha—. Pero si no lo haces, quizá el inspector Hagerty llegue a pensar que esos actos no son... tan honrados.

—Que piense lo que quiera.

Hagerty apaciguó la conversación.

—Señor Revelle, nosotros no queremos forzarle a dar explicaciones. Sabemos que está usted en su derecho. Ahora bien, ocurre que a Aldous Marbs lo han asesinado. —Hagerty movió sus astutos ojos de uno a otra y viceversa— y estamos haciendo diversas averiguaciones.

—¿Que lo han...? —tartamudeó Revelle—. ¿Por qué?

—Ojalá supiésemos eso.

—Oh, vamos, querido —intervino de nuevo la rubita—, tienes que decirle al inspector por qué vendemos el yate. Mira, yo sé que soy algo excéntrica, pero no hasta el punto de permitir que crean que hemos asesinado a alguien.

Hagerty pareció escandalizado.

—¡Por favor, señora Revelle...! Ni por un momento hemos pensado que ustedes...

—Yo le diré por qué vendemos el yate, y ya verá cómo Ismael no se disgusta conmigo... ¿Sí, amor?

—Como quieras —suspiró Revelle.

—Lo vendemos, inspector, porque los negocios de Ismael no van demasiado bien. Entonces hemos pensado vender el yate, rellenar algunos... huecos y baches, esperar un par de años, y comprar otro nuevo y más pequeño cuando la situación se haya... estabilizado.

—Es una magnífica actitud la de ustedes, señora Revelle. Imagino que no será fácil prescindir de un yate cuando ya se está acostumbrado a tenerlo... Les deseo suerte. Y, por favor, si les he molestado con mis preguntas...

—Ismael se ha molestado un poco —sonrió la rubita—, pero es natural, ¿no creen?

—Sí... Desde luego...

—¿Sabe, inspector?: me estoy acordando ahora de algo que quizá le interese a usted. Es sobre Aldous Marbs, claro... Lo he recordado por lo que ha dicho Ismael de que un yate sólo puede servir para navegar... ¿Se acuerda de eso?

—Por supuesto.

—Bien... Bueno, claro, un yate sirve para navegar..., pero con uno basta, ¿no?

—¿Con un solo yate?

—Eso es.

—Bien... Oh, sí, supongo que con un solo yate basta, señora.

—¡Ya sé a qué te refieres, nena! —exclamó Revelle—. Oh, tienes razón claro... Inspector, mi esposa se está refiriendo a que el señor Marbs, mientras tratábamos el asunto de la venta de mi yate, me preguntó si sabía de alguno más que se vendiese también.

—¿Otro yate? ¿Quería Aldous Marbs más de un yate...?

—Sí, sí... Me preguntó si tenía algún amigo o conocido que

quisiera venderle el suyo.

Hagerty cambió una rapidísima mirada con sus agentes.

—¿Y... conoce usted a alguien que quiera vender su yate, señor Revelle?

—No. Se lo dije así al señor Marbs, y él me rogó que si me enteraba se lo comunicase.

—Vaya... De donde se desprende, a mi modesto juicio, que un yate puede servir para algo más que para navegar... ¿Ni siquiera con un esfuerzo pueden recordar algún comentario de Marbs respecto a los motivos que le impulsaban a la compra de más de un yate?

—No comentó nada en absoluto, estoy seguro.

—Lástima... Éste es un caso de asesinato, señor Revelle. Espero que tenga usted en cuenta...

—Me gustaría poderles ayudar en algo, de veras. Pero de momento no recordamos nada más que nos parezca importante.

—Muy agradecido, señor Revelle. Yo... quisiera pedirles a ustedes un par de favores. ¿Puedo?

—¡Oh, sí! —exclamó la rubita.

—Bien... El primero de ellos es que no deberán comentar con nadie que el FBI, les ha visitado. Y, por favor, pasen esta orden suya a su tripulación.

—De acuerdo.

—Por cierto, señor Revelle: ¿no cuenta su yate con tres tripulantes?

—Le di permiso a uno de ellos. Se turnan diariamente, cuando estamos anclados.

—Entiendo. El segundo favor es que, si alguien más viniese a interesarse por la adquisición de su yate, se comporten ustedes con absoluta naturalidad.

—¿Con naturalidad?

—Quiero decir que deberán reaccionar como si nosotros no hubiésemos estado aquí: dirán que están comprometidos con el señor Aldous Marbs, que no saben nada de él desde..., desde que ustedes lo vieron por última vez, naturalmente, y que, si el señor Marbs decide no adquirir el yate, estarán encantados de vendérselo al nuevo comprador. Ustedes le piden su nombre, su dirección..., y nos comunican a nosotros lo que haya. ¿Lo harán?

—Bueno, esto es...

—Es colaborar con el FBI, señor Revelle —mostró Hagerty su mejor sonrisa—. Por otra parte, naturalmente, sólo saldría perjudicada, en cada caso, la persona o personas que estuviesen... al otro lado de la ley.

—Sí, lo comprendo... De acuerdo, inspector.

—No saben cómo les agradezco su ayuda. Y ya no les molestaremos más.

Hagerty se volvió hacia Chase Manning, el cual había sacado la pulsera de oro con la moneda que llevaba grabada la palabra *TWIST*, y estaba jugueteando distraídamente con ella. Distraídamente, en apariencia, ya que Hagerty se dio cuenta de que los ingenuos ojos de su agente estaba ingenuamente fijos en la señora Revelle.

Los demás también miraron la pulsera y, a juicio de Hagerty, no hubo expresión reveladora alguna en los ojos de los Revelle. La rubia miró el adorno con la natural curiosidad de cualquier mujer, y luego a Manning, un tanto sorprendida, pero risueña.

—¿Lleva usted esas cosas? —preguntó.

—Oh, no... —rió Chase—. Es un regalo que pienso hacer, claro...

—¿A una linda chica? —rió la rubita.

—Muy linda... ¿Cree que le gustará, señora Revelle?

—Seguro que sí... Es una bonita pulsera. ¿Me permite?

Manning se la entregó y ella la miró con curiosidad que pareció genuina.

—¿Qué quiere decir esto de *TWIST*?

—Pues... A la chica que voy a regalársela le encanta el *twist*, y he pensado que como es muy vulgar y corriente poner el nombre de la persona, quedaría bien esto...

—Bueno..., al menos es original, no cabe duda. Sin duda que le encantará el regalo a su chica, señor...

—Oh, yo soy Manning... —señaló a Ambrose—. El, Anker Ambrose.

—Bueno, debemos marcharnos ya —dijo Hagerty—. Buenas tardes, y gracias por todo. No se molesten en acompañarnos.

Se despidieron. Subieron a cubierta y se dirigieron hacia la pasarela.

—¡Hey, adiós...! —les gritó el marino que quería ser *gun-man*.

—Adiós, navegante —le saludó Chase con una mano—. Demonios..., ¡quién fuese tú! El cielo por techo, el ancho mar por camino... Ah, cáscaras, cómo te envidio.

Y dejó al muchacho más conforme con su suerte.

Poco después, los cuatro en el coche reunidos, Hagerty indicó a Irving que se alejase, de allí, pero no demasiado. Cuando estuvieron a cubierto de la línea visual del yate, el inspector dio instrucciones a Emerick:

—Te quedarás aquí, a pie. Enviaré un coche por ti, con otro agente. Os dedicáis los dos a vigilar a los Revelle.

—¿Los Revelle?

—Está casado...

—Y tiene una linda esposa —musitó Chase—, que, según parece, no ha visto jamás esta pulsera.

—¿Por qué pensaste que podía ser de ella?

—Bueno... No es nuestra, de modo que tiene que ser de alguien, de alguna mujer. ¿Hice mal, señor?

—De ninguna, manera. Estuvo bien, Chase. Bueno Irving, a lo que íbamos: Ismael Revelle tiene como cuarenta años, algunas canas, ojos oscuros... Es un hombre casi alto, fuerte, atlético y bastante elegante. No lo confundas. La chica te será más fácil de identificar. Veinte años, rubia, ojos claros... Es muy bonita e inteligente, vivaz, risueña. Los dos visten de calle, no de yate, o cosas así. Los sigues, si salen.

—¿Y si sólo sale uno?

—Que lo siga el compañero que vendrá con el coche. Tú no te despegues del yate, a menos que salgan los dos. Llama por radio... Que venga Duling con el coche.

—Sí, señor.

Emerick se dedicó a la llamada, mientras Hagerty se volvía hacia Ambrose, que le había tocado en un hombro.

—¿Sí, Anker?

—Me estoy preguntando para qué querría Marbs más de un yate.

—Para nada limpio, me apostaría algo.

—¿Cree que tenga algo que ver con chicas, señor?

Hagerty se mordió furiosamente los labios.

—Maldita sea, espero que no... Ése es un feo asunto, un trabajo de verdad desagradable... ¿Qué dice Duling, Irving?

—Está en camino hacia aquí.

—Bien. Ahora... Contesta, Irving.

Emerick atendió a la llamada de radio que se había producido apenas cortar la anterior con su compañero Duling.

—Es para usted, señor. Parece que se ha conseguido recopilar una serie de datos que pueden interesarle. A menos que prefiera usted otra cosa, le están esperando en su despacho.

—Iré allí.

* * *

—¿Empiezo por el principio o voy al grano, señor?

Hagerty miró expectante al agente.

—Ve al grano. Luego, ya veremos si conviene perder tiempo en analizar los puntos.

—Bueno, la cuestión es ésta: entre otros varios lugares, Aldous Marbs frecuentaba uno que nos ha parecido particularmente interesante. Un *night-club*.

—Bien... ¿Qué tiene de interesante ese lugar?

—Se llama *Twist Club*, señor.

Hagerty se quedó con la boca abierta unos segundos. La cerró de pronto, como un cepo.

—Buen trabajo, Abel. ¿Qué tal es ese club?

—No está mal. Nada de cosas raras, señor. Un sitio agradable, según parece. Estuvimos por allá, dando vuelta. Y supimos algo que aún nos llamó más la atención. Una de las chicas que trabaja allí, la más famosa, tiene un apodo: *Twist*.

—¿*Twist*? —musitó Hagerty.

—Sí, señor. La llaman *Twist Polly*. Está su retrato, muy grande, en la cartelera del vestíbulo. Es una chica estupenda, señor.

—¿En qué sentido?

El agente Abel pareció ir a enrojecer de un momento a otro, pero Chase Manning lo sacó del apuro.

—Caramba, jefe... Cuando un chico tan normal como Abel dice que una chica está estupenda, no creo que sean necesarias aclaraciones.

Hubo algunas sonrisas, incluso por parte de Hagerty...

—De acuerdo: esa *Twist Polly* está estupenda. Por tanto, convendría hacerle una visita... Supongo que todos estamos pensando que ella muy bien puede ser la propietaria de la pulsera, ¿no?

El silencio fue suficientemente afirmativo.

—Pero irá... Hum...

—¿Quiénes vamos, señor?

—Irá uno solo. No hay que abusar demasiado de eso de pescar en río revuelto. A veces se pesca menos, pero como se ven las piezas en la transparencia del agua, el botín vale la pena... Eso es: irá uno solo. Llamaremos a la *Starriness* y avisaremos de que vamos a utilizar otra vez el viejo truco del periodista.

—Nos falta el periodista —dijo Anker.

Vance Hagerty asintió con la cabeza. Fue mirando uno a uno a los agentes que tenía rodeando su mesa y, por fin, su dedo señaló al elegido:

—Tú, Chase.

CAPÍTULO III

Estaba estupenda.

Por lo menos así lo parecía en la gran foto-cartel de propaganda del vestíbulo. Cabellos semioscuros, ojos azules, boquita redonda y sonrosada, cuerpo escultural, esbelto. Estaba en bikini, pero eso era en una foto pequeña clavada en un ángulo de la grande. Lástima. En la grande estaba con faldita corta, un jersey de escote agudísimo y sin mangas y con dos trencitas con lazos, en uno de los movimientos del *twist*. A sus pies, en letras muy grandes: «*Twist Polly*. Esta noche y todas las noches».

Era un auténtico bomboncito que, con aquel atuendo y las trencitas casi, casi conseguía parecer una niña algo crecida.

Chase Manning, traje oscuro y pajarita al cuello, con una cámara fotográfica en bandolera sobre un hombro, sonrió ante aquel anticipo de espectáculo y entró en el *Twist Club*.

Lo primero que vio lo dejó clavado en el suelo, como atontado. Desde luego, la *bunni* estaba colosal^[2], pero no fue eso lo que lo dejó como atontado. Era una chica alta, pelirroja, llamativa como una luciérnaga en la oscuridad. Sonrió Chase, pero éste sólo tenía ojos para la pulsera que colgaba de una de las muñecas de la muchacha.

—¿Cigarrillos? ¿Chicle?

—¿Eh...? Oh, sí... Emmm... Sí, cigarrillos, guapa. Y no quiero el cambio, porque hoy me siento millonario.

La vendedora de cigarrillos se quedó mirando críticamente el billete de cinco dólares.

—Los hay más millonarios —sonrió profesionalmente.

—Una de las injusticias de la vida, muñeca. Te prometeré una cosa: el día en que yo sea millonario a tu gusto, te regalaré una

pulsera mejor que ésa que llevas.

La *bunni* hizo tintinear la moneda que colgaba de la pulsera.

—¡Eso no será difícil! —rió.

Y se alejó, moviendo la parte inferior del *maillot* negro. El *gun-man*

estaba realmente confundido. Va al *Twist Club* en busca de una muchacha que quizá podría ser propietaria de una pulsera con una moneda colgando, y en la cual se ha grabado la palabra *TWIST*, y lo primero que encuentra es una vendedora de cigarrillos con una pulsera idéntica.

Estuvo a punto de marcharse y comunicar al inspector Hagerty la mala nueva, pero decidió que nunca se debe abandonar el terreno sin haber intentado por lo menos reconocerlo. Se dirigió hacia el mostrador y por el camino se cruzó con otra *bunni* que llevaba una pulsera del mismo tipo.

Pidió un *whisky* con soda, se apoyó en el mostrador y echó un vistazo a su alrededor. Exactamente: las cuatro *bunnies* llevaban idéntica pulsera. Bebió un sorbo de *whisky* y se rascó la coronilla.

Pensó de nuevo que lo mejor sería largarse de allí. Aquella pulserita parecía marca de la casa. En un principio, habían relacionado la pulsera no sólo con el club, sino con la muchacha llamada *Twist Polly*. No habría resultado demasiado difícil para empezar las averiguaciones respecto a si *Twist Polly* había tenido aquella pulsera..., y ya no la tenía, pero en las nuevas circunstancias, la cosa se complicaba. Igual que aquellas cuatro chicas, podía haber una docena más que llevasen la dichosa pulserita. Eso quería decir, ni más ni menos, que no era del todo inteligente dirigir las pesquisas única y concretamente hacia la muchacha llamada *Twist Polly*. Habría que investigar todo el *Twist Club*...

De pronto, al mirar hacia el fondo, vio a la chica que lo estaba señalando. Iba vestida igual que una *bunni*, sólo que en lugar de la bandeja con cigarrillos y demás chucherías, llevaba colgada del cuello una máquina fotográfica. La chica-fotógrafo parecía en verdad disgustada mientras lo señalaba, y la mujer que había a su lado parecía estar calmándola, aplacándola. Aparentemente, al menos, en parte, lo consiguió, y Chase se puso en guardia cuando la vio dirigirse hacia él.

Para colmo, aquella nueva fémina llevaba también su pulserita. Era una muchacha bastante joven, alrededor de los veinticinco, y muy hermosa. Tenía una muequecita sonriente en los labios y también los grandes ojos oscuros parecían sonreír. Iba vestida de noche, con elegancia, y Chase Manning pensó que si ella se pusiese en *maillot* a vender cigarrillos, las existencias se agotarían muy pronto.

Lo mejor de todo fue cuando la belleza de la pulserita se detuvo junto a Chase y le sonrió.

—Hola.

—Hola... —sonrió también Chase—. Se está bien aquí, ¿eh?

—Eso creo.

—Y tienen buen *whisky*.

—Gracias.

—¿Gracias? —Alzó Manning las cejas—. ¿Por qué motivo, encanto?

—Por alabar mi establecimiento.

—Ah, claro... ¡Vaya! ¿Todo esto es suyo?

—Por el momento, señor...

—Manning, Chase Manning, y si quiere me tiro a sus pies, señora...

—Señorita Blandford —corrigió amablemente ella—. He venido a pedirle un favor, señor Manning. Mejor dicho dos.

—Y más que me pida, preciosa.

—Bastarán dos. El primero de ellos es que acepte su *whisky* como un obsequio de la casa...

—¡Estupendo! Le agrad...

—El segundo es que cuando lo haya terminado, se vaya. Pero puede volver cuando quiera... si no trae su cámara.

Chase Manning comprendió inmediatamente de qué iba el asunto, pero se hizo el tonto.

—Un momento, señorita propietaria de esto. No tengo por qué...

—Señor Manning, no se haga el tonto. Usted ha visto perfectamente cómo la fotografía de la casa se quejaba de su presencia. Entienda: ella tiene la exclusiva de fotos en el club y no...

—Espere... —rió Manning—. ¡Espere, señorita Blandford! ¿Me ha tomado por un competidor de su fotografía?

—Eso dice ella.

—Bueno, hay un error aquí, se lo aseguro... Mi oficio es tomar fotos, *okey*, pero no del modo que cree su fotógrafo. A mí no me importan los pueblerinos que vienen a hacerse fotografías en un *night-club* de la ciudad. Ésos se quedan para su fotógrafo... Soy periodista, señorita Blandford. Trabajo para la revista *Starriness* y si estoy aquí es porque me ha llamado la atención su estrella del espectáculo, ese bombón llamado *Twist Polly*.

Eugenie Blandford parpadeó rápidamente.

—¿Está dándome a entender que piensa hacer un reportaje sobre Polly, señor Manning?

—¡Exactamente! Eso, si nadie se opone, naturalmente. Mire, hay miles de chicas que querrían salir en la *Starriness*, de modo que si molesto aquí, iré a otro sitio, a hacer feliz a otra linda chica. ¿*Okey*?

—¿Publicaría ese reportaje en *Starriness*?

—Para eso me pagan. Pero ya le digo que si...

—Por favor, señor Manning... Va a tener que disculparme... Oh, luego me va a oír esa tonta de Sally, se lo aseguro.

—¿Entiendo que autoriza el reportaje, señorita Blandford?

—¡Claro que sí! ¿Acaso tengo aspecto de tonta?

Rieron los dos.

—Bueno, espero que siga en pie eso de que el *whisky* corre a cargo de la casa.

—Desde luego... Tómese otro, señor Manning... ¿Qué es lo que está mirando tan asombrado?

—Pues... No me tome por tonto, pero juraría que su pulsera la he visto antes en alguna parte.

Eugenie Blandford volvió a reír.

—La verá en todas las chicas que trabajan en el *Twist Club*, señor Manning. ¿Le gusta?

—Oh, sí... Es curiosa. Bueno, no es que jamás haya visto nada igual, comprenda... Quiero decir que me parece un detalle curioso. ¿Qué significado tiene?

—Ninguno especial. Una pulsera con el nombre del club, y eso es todo. Véalo aquí, grabado en la moneda: *TWIST*. Regalo una pulsera de éstas a mis empleadas, y a las chicas que trabajan en el club durante más de dos meses.

—Pues se va arruinar usted si se dedica a regalar pulseras de

oro... A menos que el negocio dé más de lo que yo creo.

—¿De oro! —rió una vez más Eugenie Blandford—. Oh, vamos, señor Manning, no sea bromista...

—¿No es de oro su pulsera?

—La mía, sí. Las demás son... bañadas en oro.

—Ooohhh... Debí comprenderlo, claro. O sea, que usted es la única que la tiene de oro macizo, y las demás, de lo que sea y con un bañito de oro.

—Más bien, una duchita de oro. Comprenda...

—Naturalmente que sí. Pero me pregunto si las artistas que trabajan para usted se conforman con eso de la duchita, señorita Blandford.

—Si la quieren de oro, sólo tienen que pagarla ellas de su bolsillo.

—Buena idea.

—¿Verdad que sí?

—Tan buena, que no creo que muchas lo hagan.

Eugenie encogió los hombros.

—Eso es cuenta de ellas.

—¿Hay muchas que lo hagan?

—¿No está usted preguntando demasiadas cosas, señor Manning?

—Bueno... No creí que tuviese inconveniente a que publicase eso como anécdota del *Twist Club*...

—¿Lo haría? ¿De veras mencionaría el club? —Claro... Y sólo a cambio de dos *whiskys* —sonrió Chase—. Dígame: ¿cuántas de sus «estrellas» se han comprado la pulserita de marras?

—No sé... De veras que no lo sé. De la única que estoy segura es de Polly, porque es la «estrella» del momento.

—¿Tiene éxito?

—¿Habría venido usted a hacerle el reportaje si no lo tuviese?

—Buena respuesta. ¿Cree que *Twist Polly* querrá recibirme?

—Sería tonto si no lo hiciese. Pero, además, yo voy a llevarlo a usted allá, señor Manning. Oh... Espero que esto no sea una broma antipática...

—Claro que no. En el número del próximo viernes podrá convencerse de ello. Y espero que le gustará mi reportaje.

—Venga por aquí, por favor.

Lo guió hacia un extremo del mostrador, cerca del cual estaba la puerta que llevaba a las interioridades del *Twist Club*. La chica-fotógrafo estaba cerca de allí, mirando con no muy buena cara a su competidor clandestino, pero Chase Manning le guiñó un ojo y le tiró un beso y la chica sonrió sin poder evitarlo.

Eugenie atravesó la puerta del fondo, arrinconada, y Chase la siguió. Lo de siempre: un pasillo largo, puertas, empleados del escenario, coristas comiendo bocadillos y comentando agriamente las incidencias de la profesión... Una de ellas silbó cuando Chase pasó acompañando a la propietaria del club, y las demás se echaron a reír.

Y todavía rieron más cuando Chase se volvió y dijo:

—¡Buen gusto tienes, linda!

Era la segunda puerta a la izquierda, de la cual colgaba un cartelito que decía: *Miss Gilmore*. Eugenie llamó y cuando Chase esperaba oír una vocecita delicada, se abrió la puerta y quedó en el umbral un hombre alto, recio, como de cincuenta años, atractivo, que sonrió de modo especial al ver a la dueña del club.

—Oh, Eugenie...

—Hola, Henry. Está Polly ahí dentro, supongo.

—Sí, claro...

Miró a Manning y Eugenie lo presentó:

—El señor Manning, de la revista *Starriness*. Quiere hacer un reportaje sobre Polly. El es el señor Henry Gilmore, señor Manning, padre de Polly.

—¿Qué tal, señor Gilmore? —Tendió su mano Chase—. Espero que no tengan inconveniente en que *Twist Polly* sea un poco más famosa.

Henry Gilmore no contestó a eso. Encogió los hombros y se apartó.

—Pase. Polly le dirá si quiere o no quiere ser más famosa.

Chase entró en el camerino. No era demasiado grande, pero resultaba agradable. Por encima de todo, destacó la cabeza de *Twist Polly*, al otro lado del biombo del rincón. Tenía sueltos algunos ricitos, y mostraba el gesto fruncido, fijos sus azules ojos en Chase. Un poco hosca, quizá, pero mucho más encantadora que en la foto-cartel.

—Polly, él se llama Chase Manning, y...

—Ya lo he oído... ¿Cómo está usted, señor Manning?

—Bien. Muy bien, sí... ¿Y usted?

—Vistiéndome. ¿Querrá esperar un minuto?

—Si no hay más remedio... Bueno, bueno, quiero decir que sí, o sea, que no he pretendido... Ejem... Sí, claro, esperaré el tiempo que sea...

Ella le dirigió una mirada un poquitín furiosa y se dedicó a acabar de vestirse. Chase dirigía miradas de reojo hacia el biombo, viendo los brazos subir y bajar tras él.

—Siéntese, señor Manning... —invitó Eugenie—. Y si me permite, los dejaré solos un momento. Tengo algo que solucionar en mi despacho. Me dirigía hacia allá cuando Sally...

—Por favor, señorita Blandford, no se disculpe: ha sido usted muy amable.

Ella sonrió.

—Hasta ahora —se despidió.

Se fue. Chase se sentó en un taburete, miró al padre de *Twist* Polly y enseñó los dientes delanteros en una sonrisita fallida.

—Calor... ¿eh?

—Psé.

—Ejem... ¿Un cigarrillo?

—Ahora, no, gracias.

—¿Le importa que fume yo?

—A mí no.

—Oh, ya... ¿Le molesta que...?

—Fume lo que quiera —dijo Polly, apareciendo por un lado del biombo—. Y si le parece, señor Manning, me aseguraré de su identidad.

Chase se quedó parpadeando, no sólo por las inesperadas palabras de la muchacha, sino por su belleza despampanante. Se había puesto el jersey y la faldita y estaba monísima, enseñando una buena porción de piernas.

—¿Mi... mi identidad?

—Así es —ella se sentó ante el tocador, y empezó a hacerse una de las trencitas—. Le diré la verdad, señor Manning: no es la primera vez que un chico listo ha creído que yo soy tonta. Y sólo lo fui la primera vez.

—Perdone... No entiendo... Si lo que quiere es mi docum...

—No, no... Cualquiera tiene documentación, eso lo sé bien. Lo que quiero es estar segura de que usted trabaja para esa famosa revista, señor Manning.

—Pero...

—Le diré lo que pasa. La primera vez, un chico listo dijo que iba a convertirme en una estrella sensacional. Como yo era más tonta que ahora, lo creí... Cuando me di cuenta, estaba en un lugar de la carretera de San Bernardino, camino de un motel... Lo que todavía me pregunto es cómo logré salir de aquel apuro. Y me dije que ya no más tratos con chicos listos.

—Le aseguro...

—Claro, claro... Usted se asegurará todo lo que quiera. Pero, cuando acaben mis actuaciones, me invitará a cenar, a dar un paseo en coche..., a fin de que yo pueda informarle con calma y en un ambiente... agradable los pormenores de mi talento, de mi belleza, de mi gracia y simpatía en el escenario... ¿Acierto?

—Pues lo de ir a pasear en coche y tomar algo por ahí no me parece precisamente una mala idea, la verdad.

Twist Polly acabó una trenza y se quedó mirando a Chase por el espejo. Luego, de pronto, descolgó el auricular del teléfono que tenía sobre el tocador, lo volvió a colgar, colocó el listín sobre los frascos de perfumes y demás, y lo abrió. Invirtió apenas diez segundos en localizar el número que le interesaba, y lo marcó.

—¿*Starriness*? —preguntó Polly.

—¿...?

—Por favor, ¿pueden decirme si conocen ahí a un hombre llamado Manning?

—¿...?

—Sí, espero...

Alzó la mano derecha y la pasó por encima de su cabeza, de modo que el auricular quedó bien encajado en su hombro y pegado a la orejita y, al mismo tiempo, podía ayudar con aquella mano a la izquierda en el trenzado de la otra mitad de su dorado cabello.

—Sí, diga...

—¿...?

Polly miró a Chase por el espejo.

—Se llama usted Chase, ¿verdad?

—Seguro.

Ella volvió a hablar al micro:

—Sí, Chase Manning.

—¿...?

—Bien... Muy agradecida.

Colgó, acabó la trencilla y se volvió hacia Chase.

—¿Qué quiere usted saber de *Twist Polly*, señor Manning? —
sonrió por primera vez, encantadoramente.

—¿...?

—Oh, pues... Bueno: ¿usted no tiene pulsera?

—¿Pulsera señor, Manning?

—Sí, sí... Me refiero a una pulsera como la de la señorita Blandford, o las de las chicas de afuera... Ya sabe una pulsera muy bonita, con una moneda colgada que...

—Oh, la *twist club*, dice usted. Por supuesto que la tengo.

—Como no se la veo puesta...

—¿Tiene eso importancia?

—No, no... Bueno, yo querría tomarle unas fotos, y como la señorita Blandford me ha contado lo de las pulseras, me ha parecido que sería acertado insertar esa anécdota..., por llamarla de alguna manera..., en el artículo.

—Y entonces, en las fotografías, sería mejor que yo apareciese con la pulsera del club.

—No es imprescindible, claro...

—Pero es una idea buena, señor Manning. Me la pondré.

Se volvió de nuevo hacia el tocador y abrió un cofrecito. Chase la miraba atentamente por medio del espejo. Primero vio un leve gesto de desconcierto; luego, el fruncimiento de cejas; por último, una cierta inquietud al revolver el contenido del cofrecito, y evidentemente, no encontrar lo que buscaba.

—No está...

El agente se levantó calmosamente, procurando no cambiar la expresión de su rostro, y se acercó al tocador.

—¿La ha buscado bien? A veces se enredan con otras cosas...

—No, no... Tengo tan pocas joyas que no es fácil que eso ocurra. Vea usted mismo.

Chase ya estaba mirando, naturalmente. Y resultaba muy fácil comprobar que allí no estaba la pulsera.

—Quizá se la dejó en su casa...

—Pues no sé... Creo que no. Siempre decido a última hora cuál de mis «carísimas» joyas voy a lucir, y acostumbro llevar el cofre conmigo... No sé...

—Quizá la prestó a alguien.

—No, no, de eso estoy completamente segura.

—Ya aparecerá —sonrió Chase—. Mientras tanto, y si ahora dispone de tiempo, querría hacerle algunas preguntas. Ya sabe: es una de esas entrevistas simpáticas en las que...

El padre de Polly asomó la cabeza por la puerta del camerino, y dijo, interrumpiendo a Chase:

—¿Te importa que te deje con el señor Manning, Polly?

—Claro que no, papá. ¿Ocurre algo?

—Nada. Iré a tomar un trago y luego veré tu actuación. Y veremos si consigo que Eugenie te aumente el sueldo. Hace ya días que estamos discutiendo el asunto.

—Es dura como una roca... —sonrió Polly—. Pero cuanto más insistamos, más probabilidades tendremos de conseguirlo.

—Eso creo yo. Hasta luego. Adiós, señor Manning.

—Encantado...

Henry Gilmore salió del camerino de su hija y se dirigió rápidamente hacia el fondo del pasillo. Había un recodo, en ángulo recto, y después, tras otro corto trecho de pasillo, otra puerta. Fue hasta allí y la empujó, pero no cedió. Llamó con los nudillos.

—Eugenie...

—¿Quién es?

—Henry. Vamos, abre.

La puerta se abrió casi en seguida. Eugenie Blandford se quedó mirando sorprendida a su visitante.

—¿Qué haces aquí?

—Tenemos que hablar...

—Lo lógico sería que estuvieses ahora con tu hija, Henry.

—¡Tenemos que hablar! —Se impacientó Gilmore.

Estaba nervioso. Muy nervioso, Eugenie se apartó, lo dejó entrar y cerró la puerta. Henry se dirigió hacia el rincón donde estaba el mueble-bar y se sirvió un trago de la primera botella que le vino a mano... Una mano que no parecía demasiado firme. Eugenie se dirigió a su sillón, tras la mesa, y lo estuvo mirando en silencio, hasta que él dijo:

—Esto acabará mal, lo sabía...

—¿Por qué, Henry?

—La pulsera... Ese tipo, Manning, está haciendo preguntas sobre ella. Está demasiado interesado en que Polly le enseñe la pulsera.

—¿Y qué? Ella podrá enseñársela pronto, Henry, ya lo sabes. ¿Te parece que ese hombre no es lo que dice?

—Sí, sí lo es... Polly ha llamado a la *Starriness* y se lo han confirmado. Pero entiéndelo: si la policía ha encontrado la pulsera, y alguno de ellos lee el artículo de ese idiota, nos vamos a ver en un lío...

—¿Le han dicho a Polly que ese Manning es de la revista?

—Sí, sí...

—Estupendo. No te preocupes entonces..., porque ese artículo hablando de pulseras del club... no se publicará jamás.

CAPÍTULO IV

Henry Gilmore pareció no comprender.

—¿Qué quieres decir?

—Que ese muchacho ha hecho demasiadas preguntas, amor, y que yo también he pensado cosas raras de él. Me pareció que podría ser de la policía, de modo que era cuestión de pensar bien lo que se tenía que hacer... Pero no siendo de la policía, puede..., digamos que puede... tener un accidente. Un chismoso menos.

¡Con lo bonito que habría sido todo si se hubiese limitado a interesarse por tu hija, sin meter las pulseras para nada!

—¿Piensas... matarlo?

—Querido: ¿qué otra cosa podemos hacer?

—Sí, lo comprendo... Ya te dije que lo de la pulsera de Polly no daría resultado...

—Bueno, a alguien le tenía que faltar una pulsera, ¿no? Y tu hija no va a correr ningún riesgo, si eso te preocupa.

—Pues me preocupa, Eugenie.

Ésta se puso en pie y caminó hasta Henry Gilmore. Se detuvo ante él y le rodeó lentamente el cuello con sus bonitos y mórbidos brazos.

—Henry, Henry... ¿Y yo no te preocupo?

—Sí... Bien, ya sé que...

Ella le besó en la barbilla, mimosa.

—Todo saldrá bien, amor.

—Mira... Hay algo que no te he dicho todavía, Eugenie, por no preocuparte, por no asustarte... Me refiero a lo de Aldous... No es que no encontrase allí la pulsera: es que cuando le vi a él salí de allí a toda velocidad, sin buscarla siquiera...

—¡Henry!

—Verás... Bueno, sé que fui un estúpido... Me asusté. ¡Me asusté como pocas veces en mi vida!

—Pero..., ¿de qué estás hablando?

—¡Be Aldous Marbs! Estaba allí como... como un cerdo, una... una cosa rara, horrible...

Eugenie se apartó de Gilmore, le sirvió otro trago y ella misma acercó el vaso a sus labios. Se daba perfecta cuenta de la palidez del hombre, de su crisis nerviosa.

—Bebe, Henry...

Gilmore cogió el vaso y se bebió el contenido de un solo trago. Luego dio un par de pasos, nervioso.

—Estaba allí sangrando horrores por la boca, y las manos... ¡No lo he soñado, no...! ¡Lo vi perfectamente! Marbs tenía cortadas las dos manos, y... y la lengua... ¡Yo lo vi!

Eugenie Blandford se mordió los labios y se quedó mirando en silencio a Gilmore, que dio unos pasos más, de un lado a otro.

—Me asusté... ¡Me asusté mucho! Aquello no lo hicimos nosotros, Eugenie... No lo hice yo, tú lo sabes...

—Cálmate, por favor. Será mucho peor si perdemos la serenidad. Pronto tendremos la pulsera, y en el supuesto de que la policía llegue hasta nosotros, ya no podrá probar nada. Tranquilízate, te lo suplico.

Henry Gilmore se dejó caer en un sillón.

—No me gusta cómo se están poniendo las cosas. Bien estaba lo de liquidar a Marbs, y tú sabes que acepté estar de tu lado, Eugenie.

La propietaria del *Twist Club* se sentó en las rodillas de Gilmore y lo besó en los labios.

—¿Cómo no habías de estar de mi parte? —musitó luego—. Henry, tú sabes que nosotros sólo podemos estar unidos... Sólo hay que tener un poco más de paciencia. Y dentro de un par de semanas, le podremos decir a tu hija lo nuestro, y ya todo irá bien, amor...

Lo volvió a besar. Luego se quedó acariciando su nuca y él estuvo mirando aquellos risueños ojos, la prometedora boca...

—Está bien... Está bien, Eugenie. Polly se sorprenderá de lo nuestro, pero espero que no tenga nada que decir...

—¿Sorprenderse Polly? ¿De qué?

—Tú tienes veinticinco años y yo cuarenta y nueve. Ya es

suficiente para sorprender a muchos, ¿no?

—Pero no a nosotros —sonrió dulcemente Eugenie—. Oh, tengo una buena sorpresa para ti, amor...

Saltó de sus rodillas, rodeó la mesa, se inclinó y recogió una cartera de piel, que colocó sobre la mesa. Mientras la abría, Henry Gilmore se colocó a su lado, rodeando su cintura. Cuando la cartera quedó abierta, Gilmore emitió un silbido admirativo.

—¡Fiuuu...!

—Trescientos mil dólares, Henry. Tenemos para la compra del primer yate.

—¿Lo vamos a comprar ya?

—Claro. ¿Por qué no? Nosotros tenemos el dinero y sabemos dónde está el yate que nos interesa. Aldous Marbs ya no va a poder competir en nada... ¿Qué tendríamos que esperar?

—No sé... ¿De dónde has sacado tanto dinero?

Eugenie Blandford sonrió.

—Digamos que es... una financiación para la gran empresa. ¿Estás dispuesto a ir esta misma noche a comprar el yate? Estoy convencida de que ese Ismael Revelle tiene ya listos los papeles. Estará encantado de embolsarse trescientos mil dólares en efectivo y en el acto.

—¿Quieres que vaya esta misma noche?

—¡Pero claro, querido...! ¿Qué te pasa?

—No sé... Ese Manning, con sus preguntas... Ya te he dicho que me ha puesto nervioso.

—Pues cálmate porque convendría que fueses ahora mismo, ¿no?

—Sí, sí...

—Oh... Y recuerda que el yate debe estar a tu nombre, querido.

—Eugenie, no veo por qué... El dinero es tuyo, así que no me parece bien que...

—No seas tonto —ella volvió a echarle los brazos al cuello y a besarlo—. Lo nuestro personal tiene más importancia que esos dólares. Cuando sea la señora Gilmore no creo que esos detalles tengan importancia.

—Está bien... ¿Debo ir ya al *Blue Sky*?

—Cuanto antes, mejor.

—Claro... Bueno, hasta luego...

Ella se apretó más contra él, en un nuevo beso. Luego, Gilmore cogió la cartera y abandonó el despacho. Eugenie estuvo inmóvil, en el mismo sitio, duro el gesto súbitamente, durante unos segundos. Luego fue hacia la puerta, la cerró con llave y se dirigió hacia la otra puerta, más pequeña, situada cerca del mueble-bar.

La abrió sonriendo.

—Sal ya del armario, amor.

Y Walter Yan Chu salió. Un chino alto, de abundante cabellera negra y lacia, como de treinta y cinco años, de ojos claramente oblicuos, negrísimos, entornados. Vestía con soltura a la americana, con discreta elegancia, y si sólo se le, hubiese podido juzgar por su dominio del idioma, sin duda habría sido catalogado como auténtico americano.

—¿Era necesario tanto amor para él, Eugenie? —musitó.

—Oh, vamos, Walter, no seas niño... ¿Qué crees que podía hacer? Si le tengo engañado con mi promesa de matrimonio, no creo que fuese muy convincente por mi parte negarle unos cuantos besos... ¿Qué importancia tienen?

El chino se sentó en un sillón, mirando de reojo a la bella muchacha.

—Eso es lo que me pregunto yo, Eugenie: ¿qué significado tienen tus besos?

—¿Estás celoso? —rió ella.

—Celoso como un chino. Por mi gusto, le cortaría a Gilmore las manos y la lengua y le arrancaría los ojos ahora mismo...

Eugenie retrocedió un paso, mirando con ojos muy abiertos al chino elegante.

—Entonces... Lo que he pensado... ¿Fuiste tú?

La sonrisa de Walter Yan Chu resultó helada como un soplo de viento ártico.

—¿A qué te refieres?

—Walter, tú... tú hiciste lo que Henry ha dicho, con Marbs...

—Dejemos esa cuestión. ¿Confías en Gilmore totalmente?

—Sí, to... totalmente... Ahora recuerdo... Marbs me pasó las manos por el cuerpo y dijo cosas... molestas... Y tú castigaste su lengua y sus manos, por... Walter: ¿fuiste tú? ¿Lo hiciste porque Marbs me había tocado?

—Ignoro de qué hablas —sonrió displicente Yan Chu—. Además,

la conversación interesante no es ésa ahora. Veamos: Gilmore ha ido a comprar el primer yate y lo pondrá a su nombre. ¿Qué hará él luego?

—Bueno... Quedamos en encontramos en el motel, Walter...

Una ráfaga de odio pasó por los negros ojos del oriental.

—¿En el Rainbow?

—Sí... Le prometí que hoy...

—Entiendo. Tienes que asegurarte de que los papeles están en orden y a su nombre. Te quedarás tú con ellos, sin embargo. ¿Cuántas veces os habéis... encontrado en el Rainbow?

—¡Ninguna! El tiene allí su cabaña, y eso es todo.

—Debe resultarle cara, ¿no?

—Sí. Bueno, él la alquiló cuando le dejé entrever que quizá nos veríamos allí en alguna ocasión... no lejana.

—Será esta noche. Cuidado con un paso en falso en la documentación de ese yate. Sé muy bien que mi nombre no aparecerá, porque Gilmore no lo sabe, Pero asegúrate de que no comete ninguna indiscreción con el tuyo.

—Walter, es mucho dinero el que arriesgas en esto. ¡Y los yates a nombre de otra persona...!

—No querrás que los ponga al mío, supongo.

—No, claro... pero trescientos mil dólares de inversión en un yate que quizá tengas que abandonar, o perder, ya que está a nombre de otra persona...

—¡Bah! En menos de un par de meses habré obtenido de cada yate lo que me haya costado. Y tan sólo que el negocio durase un año, haríamos un negocio fabuloso, no inferior a los diez millones de dólares netos. Y luego... Espero que tus promesas a Gilmore sean falsas, Eugenie.

—No seas tonto... —deslizó dulcemente ella—. ¿Cómo quieres que te demuestre una vez más que te amo, Walter? ¿Vas a tener celos porque doy besos que nada significan a un pobre diablo? En cambio, a ti...

—Ya sé eso —brillaron los ojos del chino—. Pero no quiero compartirte con nadie, ni siquiera aunque a ese alguien le mientas al besarlo. Eres solamente mía, Eugenie...

—Claro que sí, Walter. Dime, ¿a Aldous Marbs tú le...?

—Hablemos de ese Manning. Un muchachito impertinente, ¿no?

—Bastante. Supongo que lo has oído todo.

—Sí. Bien..., nos ocuparemos de él ahora mismo... Esta noche, quiero decir. Fue una mala suerte lo de la pulsera, Eugenie. ¿Todavía no está lista la otra?

—No. Pero estará a tiempo... Lástima de muchacho. Aunque impertinente, es simpático. Pero si publica eso de las pulseras con el nombre del club, y la policía ha encontrado la que se me cayó a mí, todo iría mal...

—Yo me encargaré de ese Manning.

—¿Tú? ¿Personalmente, quieres decir?

—Oh, no... Chino se encargará de él. Lo llamaré desde aquí, y luego me iré de tu despacho. Y olvídate de Manning: está listo.

CAPÍTULO V

—Oh, eso me parece ya mucho preguntar, señor Manning...

—¿Por qué? Quisiera que el reportaje fuese lo más completo posible...

—Ya sé, ya sé... ¿Pero qué tiene que ver el reportaje con mi número de teléfono?

Chase Manning sonrió.

—A lo peor me olvido de preguntarle algo y entonces la llamaría. De todos modos..., ¿tanto le molestaría que yo tuviese su número de teléfono?

Twist Polly lo estuvo mirando atentamente unos segundos. Parecía un poco incrédula, como si no pudiese admitir que había un chico guapo que, a la vez, le resultase simpático.

—De acuerdo —rió—; le daré mi número de teléfono. ¡Pero no lo publique!

—¿Me cree tonto?

Ella volvió a reír y dijo su número de teléfono, que Chase apuntó... en su libreta privada.

—Y ahora, señorita Gilmore, si le parece bien, le tomaré unas fotos...

—¿Aquí? ¿En el camerino?

—En varios sitios. Éste es tan bueno como otro cualquiera. Luego tomaré un par en el escenario... ¿O va usted por la pista?

—A veces bajo a la pista a bailar un poco entre las mesas. Eso les hace gracias a algunos.

—Ya sé, ya... Bueno, tomaré fotos aquí, en la pista... Me parece que será un reportaje gráfico un tanto... pobre. ¿No cree?

Polly contuvo una sonrisa.

—¿Qué sugiere usted?

—Inteligente pregunta. Sugiero que cuando termine su trabajo aquí nos demos un paseo en coche y tomemos algo por ahí. Conozco algunos lugares donde podríamos obtener unas fotos estupendas... Y, por favor, señorita Gilmore, no me confunda usted con esa clase de tipos que...

—Le entiendo, señor Manning. De acuerdo. Puesto que parece dispuesto a darme un buen empujón hacia la fama, haré lo que usted crea conveniente.

—¡Magnífico! ¿Quiere ponerse de pie junto al espejo? Eso es... Luego haremos un par delante del biombo, y otra en el tocador... Usted misma podrá seleccionar las que más le gusten para el reportaje...

Chase Manning tiró unas cuantas fotos en el camerino. Justo cuando disparaba por última vez el *flash*, la puerta del camerino se abrió y apareció Eugenie Blandford que se detuvo indecisa en el umbral.

—¡Oh! Me temo que...

—No ha pasado nada, señorita Blandford. Ésta era la última aquí dentro... ¿Quiere usted...?

—No, no... Nada de fotos para mí. ¿Cree que será un buen reportaje, señor Manning?

—Esté segura de ello. ¿Y el señor Gilmore? Lo digo por si él quisiera tomar parte en alguna foto, de tipo familiar...

—Pues no sé dónde está...

Manning parpadeó.

—Dijo que iba a hablar con usted, señorita Blandford. ¿No estuvo el señor Gilmore en su despacho?

—Ah, eso sí... Pero se marchó en seguida. Es posible que lo encuentre usted en el bar.

—Pues allá voy. Estaré afuera esperando la actuación de *Twist Polly*. ¡Mi madre, en Hollywood no saben lo que están perdiendo!

Las dos mujeres rieron alegremente.

—Esperamos que su reportaje le abra los ojos a algún productor, señor Manning —apuntó Eugenie.

—Pues no sería el único caso, se lo aseguro. El cuarenta por ciento de las chicas que nosotros hemos lanzado, han tenido su oportunidad en el cine casi inmediatamente. Claro..., luego ya todo depende de su talento. Hace falta por lo menos un poco, ¿no?

—Polly lo tiene, se lo aseguro.

—Entonces me compadezco de Natalie Wood, Kim Novak... y compañía. ¿Cuántos *whiskys* dijo usted que corrían por cuenta de la casa, señorita Blandford?

—Los que quiera. Pero...

—Conozco mi límite. Nos veremos allá... Oiga: supongo que ha avisado ya a la enfurruñada Sally de que no he venido a quitarle el negocio con los paletos.

—Pues, no... Lo había olvidado. Iré con usted ahora y se lo diré. No tardes, Polly: creo que te tocará pronto.

—Saldré en seguida.

Chase Manning y Eugenie Blandford abandonaron el camerino y se dirigieron hacia la puerta que comunicaba con el *night-club*. Se despidieron con una sonrisa, y mientras Chase iba hacia la barra, Eugenie lo hacía en dirección a la fotografía.

El agente se apoyó en la barra desmañadamente, mientras encendía un cigarrillo y miraba hacia donde la fotografía se tranquilizaba con las explicaciones de Eugenie.

—¿Ves a la chica que está hablando con la fotografía?

Anker Ambrose, junto al cual había ido a caer «casualmente» Manning, ni siquiera miró a éste.

—¿La que ha salido contigo de allá dentro? —musitó.

—Eso es. No la pierdas de vista.

—Okey, Chase. ¿Te has dado cuenta...?

—¿De que todo está lleno de pulseras de ésas? Claro que me he dado cuenta. Pero tú ocúpate de esa chica.

—Sí, hombre, sí... ¿Y tú?

—Yo me ocuparé de la otra. Es más bonita.

—¿Te gusta el color amarillo?

—Psé. ¿Por qué?

—Porque hay un chino sentado a una mesa que es más amarillo que el color amarillo.

—Ya basta de charla, A. A.

Los dos habían terminado la conversación vueltos de espaldas a la sala y, por supuesto, nadie se había percatado del rápido intercambio de palabras.

Chase se volvió de nuevo hacia la sala, con el vaso de *whisky* en una mano. Sí, había un chino muy elegante allá. ¿Y qué? ¿Acaso un

chino no podía divertirse si tenía dólares para pagar esa diversión?

Inesperadamente se apagaron las luces y apareció *Twist Polly* en el escenario, cantando y bailando graciosamente un *twist*. Chase Manning suspiró, porque le fastidiaba el papel de periodista desenvuelto, casi tonto de tan desenvuelto, pero había que llevar la comedia hasta el final. Y tenía la esperanza de que, de un modo u otro, aquello no sería una pérdida de tiempo.

Twist Polly parecía una chica cordial cuándo perdía el recelo lógico en quien se ha visto importunada con mentiras y trampas desagradables. Y, o bien conseguía de ella una lista de las artistas que tenían una pulsera de aquéllas, o dimitía.

Aunque..., ¿por qué buscar tanto? Allí estaba ella, la propia Polly, que tras admitir que tenía una pulsera del *Twist Club*, no podía mostrarla...

Se dedicó a tomar unas cuantas fotos de la muchacha, mientras dirigía veloces miradas a su alrededor. Lo único notable que vio fue que la chica-fotógrafo ya no le miraba con mala cara.

Acabó la actuación de *Twist Polly* en medio de nutridos aplausos, y la muchacha se dirigió hacia la barra, donde Chase se dedicaba a terminar el último *whisky* pedido. Sabía que estaba prohibido beber en servicio, pero como a un tipo corriente le encanta el *whisky*...

—¿Qué le ha parecido mi actuación, señor Manning?

—Deliciosa... Deliciosa de verdad. ¿Quiere tomar algo...?

—No, no... Ante todo iré a ponerme unas ropas normales. ¿Tomó buenas fotos?

—Así lo creo. ¿Le queda alguna actuación más?

—Esta noche, no. ¿Me espera aquí mismo?

—Sí, seguro...

Twist Polly le sonrió encantadoramente y se fue hacia la puerta que llevaba a los camerinos. Una buena idea sería charlar de nuevo con Eugenie Blandford, buscando el modo de sonsacarle algo especial... Pero la propietaria del *Twist Club* no estaba allí. Tampoco estaba Anker Ambrose, y este hecho resultó revelador para Chase, que se preguntó adónde podría haber ido Eugenie para llevarse tras ella a su compañero del FBI.

En cuanto al chino, estaba dejando unos billetes en la mesa que había ocupado...

—¿Me invitas a un trago, colega?

Manning miró ligeramente sobresaltado a la fotografía, pero sonrió inmediatamente.

—¿Cómo no, preciosa? Y vamos a brindar por la firma del armisticio... ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo! —rió ella—. ¡Chico, cuando te vi con esa cámara...!

Manning le dio un par de cachetitos caprichosos.

—Lo entiendo, nena, lo entiendo... Pero ya sabes que no voy a quitarte el negocio, ¿eh?

—Ahora, sí. ¿Cómo te llamas?

—Chase Manning, de la Starriness; ya debe habértelo dicho la patrona, ¿no?

—Lo de la Starriness, sí, pero tu nombre... ¿Qué hay de ese trago?

—Pídelo, encanto.

Cuando *Twist Polly* regresó al bar, ya corrientemente vestida, Sally estaba riendo, muy satisfecha de la vida, en compañía de Manning.

—¿Lo pasas bien, Sally?

—Oh, sí... ¡Es un tipo estupendo! Pero... no quiero molestar. Y allá hay un tipo gordo que hace rato me está haciendo señas. ¿Volverás por aquí, Chase?

—¡Cualquiera se lo pierde! —exclamó el agente.

Sally se fue hacia «el tipo gordo», mientras Polly hacía un comentario:

—Según parece, usted es capaz de caerle simpático a cualquiera, ¿no es cierto, señor Manning?

—Cosas de la profesión... ¿Acepta ahora un...?

—Aquí no.

—Lo entiendo. Buscaremos un sitio que no sea donde usted trabaja. ¿Acierto?

—Del todo. Es usted... muy listo, señor Manning.

—Pura suerte —rió él—. ¿Vamos? Oh, creo que debería despedirme de la señorita Blandford... Podríamos ir a su despacho...

—No está allí. No la veo por aquí. ¿Qué más da, señor Manning?

—Bueno, es cierto... Otro día la saludaré.

Salieron a la calle. Lo primero que observó Chase fue que el coche de Anker Ambrose no estaba en el aparcamiento. Eso quería decir, con absoluta seguridad, que Eugenie Blandford se había alejado en coche del *night-club*, y que Anker había salido tras ella. Sería interesante escuchar luego los datos de Anker.

—Tampoco hemos visto a su padre...

—No se preocupe por él. Ni por mí. Llevamos una vida... independiente.

—Creí...

—No vivimos juntos, señor Manning. Ni siquiera eso. Por lo demás, tenemos un acuerdo tácito: él no se mete en mi vida, ni yo en la suya. ¿Le parece mal ese acuerdo?

—Supongo que ambos tendrán sus motivos... ¿Adónde le gustaría ir?

—A cualquier sitio. Usted manda.

—Será un placer. ¿Quiere entrar en mi bólide?

Había abierto la portezuela de un coche algo descascarillado, pero que fue azul alguna vez, sin duda, seis años atrás, cuando apareció el modelo.

Polly no dijo nada hasta que los dos estuvieron acomodados en el interior del vehículo.

—No parece éste el coche que llevaría un reportero de su categoría, señor Manning.

—Tengo el nuevo a reparar. Y no voy a ir a pie por el mundo.

—Oh... Eso ya es otra cosa. ¿No tiene más preguntas que hacerme mientras paseamos?

—Iré pensando en eso. Me gustaría que el reportaje fuese el mejor de cuantos he escrito, porque...

Dijo el porqué y otras muchas cosas. Pero era mentira, y las palabras brotaban de su boca por sí solas, sin la ayuda del cerebro, que estaba dedicado al planteamiento de problemas referentes a la ilógica desaparición de Henry Gilmore y a la desconcertante de Eugenie Blandford.

Pero... ¿a qué preocuparse? Anker podría decirle algo de la chica, por lo menos...

* * *

Eugenie Blandford pagó al taxista, esperó a que se alejase de

regreso a Los Ángeles, y luego, echó a andar hacia el Rainbow Motel, cuyos colores, efectivamente, estaban dispuestos como los del arco iris, y se veían, mezclándose en su parpadeo, desde bastante lejos^[3].

Entró a pie en el recinto del motel, dirigiéndose en línea no poco desconcertada, por su continua ondulación, hacia las cabañas del fondo. En realidad, Eugenie buscaba el lugar menos iluminado por el arco iris artificial y la iluminación bien distribuida del motel.

Con tales precauciones llegó a la cabaña veintidós.

Sacó una llave del bolso, abrió, entró, cerró inmediatamente y, sin encender la luz, se dirigió hacia el fondo de la cabaña, a tientas. Entró en el dormitorio, y con una linterna-bolígrafo estuvo examinándolo, hasta que encontró datos suficientes para convencerse de que, en efecto, aquélla era la cabaña que Henry Gilmore había alquilado, y en la cual tenían que encontrarse aquella noche.

Decidió que sería mejor no encender ninguna luz hasta que llegase Henry. No quería que nadie supiese que había tenido visitas, y, mucho menos, que la reconociesen a ella... Se tumbó en la cama y cerró los ojos. Se sentía profundamente cansada, fatigada... Se preguntó si todo aquello valdría la pena, si las cosas le saldrían como las estaba planeando. La vida era muy dura, lo sabía bien... Tan bien, que ya hacía tiempo había decidido ser ella tan dura como la misma vida, como quienes... ¿Para qué pensar en lo que ya había pasado? Le había costado mucho llegar a tener un club de su exclusiva propiedad. Todo, a base de vida dura, Y ahora, aún tendría que soportar más dureza... Sólo que, cuando aquello terminase, ya no tendría que preocuparse nunca más por dinero... Lo haría cuidadosamente, sin precipitaciones ni excesivo egoísmo... Con calma e inteligencia, en un año o poco más, podría haber ganado diez o doce millones de dólares. Entonces, todo estaría solucionado para siempre, y podría...

La sangre se heló en su cuerpo cuando aquella mano cayó sobre su boca, ahogando el alarido de espanto que de otro modo hubiese lanzado. Se había quedado casi adormilada en el sopor de sus magníficos proyectos, pero ahora abrió los ojos de modo desorbitado, aterrorizada...

—Soy yo, querida... No te asustes... Espero que no grites.

La mano se apartó de su boca y Eugenie, lívida todavía de miedo, miró incrédulamente a Walter Yan Chu, que se sentó en la cama, a su lado.

—Pe... pero... ¿Qué haces aquí, cómo has...?

—Ssst... No debemos hablar mucho, Eugenie.

—Pero yo quiero que me digas...

—Me vine hacia el motel detrás tuyo, pero por otro camino. Y luego he entrado en la cabaña por la puerta de atrás. No te preocupes: nadie ha podido verme.

Eugenie se estremeció al pensar en el sigilo de aquel hombre, que había entrado en la cabaña y llegado hasta ella sin que hubiese oído absolutamente nada.

—Walter..., ¿qué haces aquí? ¿No comprendes que Henry...?

—Comprendo muy bien lo que Henry espera encontrar aquí cuando venga. Y no he podido resistirlo, Eugenie.

—Dijimos que...

—No importa lo que dijimos. No puedo resistir esa idea, querida, entiéndelo.

—¿Qué piensas hacer?

—Muy simple. Cuando Gilmore llegue aquí, ya habrá comprado el yate, ¿no es así?

—Supongo que sí, claro...

—Y entonces, ya no lo necesitaremos para nada. ¿Cierto?

—Cierto, pero... Oh, Walt, ¿qué... qué vas a hacer...?

El chino sonrió cruelmente en la oscuridad.

—Nada. Esperaremos a Gilmore, le diremos que yo soy el jefe de este negocio y que urge que esta noche nos reunamos con nuestros... proveedores y amigos, de modo que lo presentaríamos a todos ellos.

—Pero eso es mentira...

—No, no, querida: es verdad. Sólo que a Gilmore no le importará que sea verdad o mentira, ya que nos lo llevaremos de aquí a cierto lugar, y allá lo mataré y lo haré desaparecer, por puerco.

—Está bien. Si ése es tu plan, conforme, Walter.

—¿No te importa que quite de en medio a Gilmore?

—¡Claro que no! —rió quedamente Eugenie—. Al contrario, te lo agradezco: estaba ya harta de él. Pero si alguien nos ve por aquí, es

posible que...

—Nadie nos verá. Esta cabaña está cerca de la empalizada del fondo y he dejado mi coche al otro lado. Sólo tenemos que esperar a Gilmore y marcharnos los tres por allí. Luego iremos al sitio donde va a pagar sus sucias intenciones hacia ti...

—¿No son tus intenciones las mismas, Walter? —musitó Eugenie.

—Sí... Pero yo soy yo, y él es él. Y tú me amas a mí, no a él... ¿No es cierto, querida?

—Claro... Lo sabes muy bien, Walt...

En la oscuridad, las dos bocas se encontraron, apasionadamente. No tenían otra cosa que hacer hasta que llegase Henry Gilmore, la siguiente víctima...

* * *

El inspector Hagerty atendió la llamada.

—Dime, Anker.

—¿...?

—Sí... ¿El se quedó con *Twist* Polly?

—¿...?

—¿Dónde estás tú ahora?

—¿...?

—Rainbow Motel... ¿La chica que seguiste está en una cabaña?

—¿...?

—La veintidós... Bien. ¿Se ha encontrado con alguien?

—¿...?

—Entiendo... Entiendo, sí... No, no hagas nada. Si ella está sola y con las luces apagadas, es que está esperando a alguien, y no quiere que nadie se entere. No te muevas de ahí. Y repito: no hagas nada. Tenemos que esperar a ver qué nos dice Chase. Nada de prisas, Anker. ¿Estás en tu coche?

—¿...?

—Pues sigue ahí quietecito. Y no pierdas de vista esa cabaña. Ya te llamaré cuando sepamos algo de Chase.

—¿...?

—Hasta luego.

—Dime, Irving.

—¿...?

—¡Bien! ¿Ha salido ya?

—¿...?

—¿Y no lo habéis seguido?

—¿...?

Hagerty suspiró aliviado.

—Eso es otra cosa... ¿Cómo es él? Un tipo alto..., fuerte..., como de cincuenta años... agradable... Sí, sí, te oigo... Naturalmente, no sabéis quién es, ya que no me dices el nombre...

—¿...?

—De acuerdo. Esperemos que Duling nos diga algo dentro de poco. Esto... Tampoco debéis saber a qué ha ido ese hombre al yate de los Revelle, ¿eh?

—¿...?

—Claro... Bueno, tú tranquilo, Irving. Tenemos algo más, por parte de Chase y de Anker. Vamos a esperar a ver qué dice Duling de ese tipo que ha visitado el yate de los Revelle. Sigue ahí y ya te diré algo... ¿Cómo?

—¿...?

—Muy interesante... ¿Llevaba una cartera? ¿La llevaba también al salir, Irving?

—¿...?

—Entiendo. Bien, quédate ahí. Veamos si con unas cuantas llamadas más nos coordinamos. Ya te llamaré.

—¿...?

Vance Hagerty colgó, pero tuvo que descolgar de nuevo el auricular, ya que apenas lo había colocado en el soporte sonó otra llamada.

—¿Sí?

—¿...?

—Sí, yo soy... ¿Es usted, señor Revelle?

—¿...?

—Si, entiendo... Me llama desde el radioteléfono del yate... ¿Ocurre algo?

—¿...?

—Sí... Sí... Sí... Agradecido, señor Revelle. ¿Cómo se llama el

hombre?

—¿...?

—Henry Gilmore... ¿Le ha pagado al contado y en efectivo trescientos mil dólares por el yate?

—¿...?

—Lo comprendo, lo comprendo... Usted necesita ese dinero... Le agradezco su colaboración, señor Revelle. ¿Le dejó su dirección ese hombre llamado Henry Gilmore?

—¿...?

—Mala suerte... Pero no importa. No, no, no creo que deba preocuparse por su dinero. Claro que, si procede de actos delictivos, le sería retirado; pero como la compra del yate sería anulada, usted lo recuperaría y podría venderlo a otra persona, en el caso de que ese señor Gilmore no sea todo lo honrado que debemos presumir, en principio. ¿Le habló de Marbs?

—¿...?

—No, ¿eh? Sólo dijo que le urgía la compra del yate, y que pagaba inmediatamente... ¿Cómo?

—¿...?

—Oh, bien... Lo quiere listo y limpio de sus cosas mañana al mediodía... ¿Y su tripulación, señor Revelle...?

—¿...?

—Despedida con una indemnización. Magnífico. Espero que no habrá usted mencionado en absoluto al FBI, señor Revelle.

—¿...?

—Estupendo. Muy agradecido, y ya hablaremos personalmente en otra ocasión... Oh, saludos del FBI a su encantadora esposa... Adiós, adiós...

Vance Hagerty colgó, se frotó las manos alegremente y empezó a tomar notas en un papel... De todo aquello tendría que salir algo, por un lado u otro.

* * *

—¿Qué hay, Anker?

—¿...?

—¡No!

—¿...?

—¡Eso es... estupendo, Anker! ¿Está Duling en el coche contigo?

—¿...?

—Pues dile que el tipo al que ha seguido desde el yate de los Revelle, y que se ha metido en la cabaña veintidós, o sea, en la misma donde se metió la chica que seguiste desde el *Twist Club*, se llama Henry Gilmore, y que ha comprado el yate de Ismael Revelle hace poco más de media hora, por trescientos mil dólares en efectivo.

—¿...?

—¡Claro que va encajando!

—¿...?

—¡Nada de eso! Ya te digo que no podemos movernos hasta saber lo que pasa con Chase. No perdemos nada esperando... Demonios, me gustaría saber qué está esperando Chase para llamar...

—¿...?

—¿De quién se ocuparía?

—¿...?

—Ah, de *Twist Polly*... Bueno, si hay alguien capaz de sacarle a una chica incluso las muelas, sin que se entere ése es Chase Manning, así que esperaremos... No, espera... Haremos algo mejor. Voy para allá, Anker. No os mováis de ahí tú y Duling.

—¿...?

—Eso: okey. Voy para ahí... *Rainbow Motel*... Dame algo así como veinte minutos o media hora.

CAPÍTULO VI

—No enciendas la luz, Henry.

—¡Eugenie! ¿Ya estás aquí?

—Sí... No enciendas la luz y ven conmigo. Tengo otra sorpresa para ti.

Henry Gilmore avanzó a oscuras hacia donde sonaba la voz de la muchacha. La encontró, la abrazó por la cintura y la besó en los labios, pero muy brevemente, porque ella se apartó.

—Eugenie...

—Tenemos visita, Henry. Habrá que... esperar un poco...

—¿Visita? —se alarmó Gilmore—. ¿Quién...?

—El jefe. Nos está esperando en el dormitorio. Ven.

Entre decepcionado, estupefacto y no poco nervioso en definitiva, Gilmore se dejó llevar de la mano por la muchacha, que estaba más acostumbrada que él a la oscuridad. Lo primero que vio al entrar en el dormitorio fue la claridad del exterior por la ventana; una claridad pálida, de estrellas y reflejos de luces... Luego vio una sombra, un hombre, sentado en la cama, que se puso en pie inmediatamente y avanzó hacia él y Eugenie.

—¿Lo hizo, Gilmore? —le preguntó el hombre.

—Claro...

—¿Compró el yate por trescientos mil?

—Sí... ¿Algo va mal?

—Al contrario. Lo que ocurre es que todo va estupendamente y más de prisa de lo que pensábamos. Hasta el punto de que va a entrar usted más de lleno en el negocio...

Los ojos de Gilmore habían ido acostumbrándose a la penumbra del dormitorio y veía con bastante claridad al hombre que le estaba hablando. Era algo... Tenía algo raro, sí... Los ojos, y...

—¡Usted es chino! —exclamó Gilmore.

—¿Tiene eso importancia?

—No sé... Supongo que no... Eugenie: ¿quién es este chino, qué hace aquí y...?

—No me gustan los hombres que pierden tanto tiempo en tonterías, Gilmore. Tenemos algo que hacer y no creo que deba retrasarse o anularse porque usted esté sorprendido de ver a un chino.

—Claro... Bien...

—Nos iremos de aquí ahora mismo. Y no haga más preguntas: le iré explicando todo por el camino... Saldremos por la puerta de atrás, saltaremos una valla y allá está mi coche. ¿Dispuesto?

—¿Qué dices tú, Eugenie? —musitó Gilmore.

—Querido, ¿qué puedo decir, sino aceptar? El es el jefe de todo esto..., y te aseguro que te encantará trabajar para él, como me encanta a mí. Anda, vamos ya.

—De acuerdo, señor...

—Yan Chu —dijo el oriental—. Vamos ya.

* * *

Vance Hagerty miró su reloj impaciente. Pero los agentes Duling y Anker no sentían impaciencia alguna. Si un hombre y una mujer se citan en un motel, en una cabaña, y se sabe ya que los dos están dentro, es tontería impacientarse.

—No es natural... —masculló Hagerty—. No es natural...

—¿El qué, señor?

—Ningún signo de vida, ni siquiera una luz que se enciende o se apaga, o una cortina o persiana que se cierra o se abre... No es natural, Anker.

—Bueno...

—Verá, señor...

—¡No digáis nada! Ya digo yo que no es natural y basta. Y si os ha de servir de algo, os diré que tengo veinte años más que vosotros. Ve a ver qué pasa allí, Anker.

—¿Cómo? Señor, si voy allá...

—Quedaos aquí —farfulló Hagerty—: Iré yo mismo. Me parece que hemos estado haciendo el tonto como nunca.

Se apeó del coche, que permanecía bien oculto con todas las

luces apagadas, en un rincón del aparcamiento. Quizá fuese una tontería lo que estaba pensando, pero era cuestión de asegurarse. Había notado otras veces aquella misma impaciencia, aquella especie de presentimiento... Y cada vez que, siendo agente, no había hecho caso de aquella intuición, Vance Hagerty había tenido que lamentarlo.

Se dirigió a pie hacia el fondo de los terrenos del motel. En algunas cabañas, pese a lo avanzado de la hora, se veía luz, y en una de ellas, incluso se oía un programa de televisión. Aquello era lo natural, lo lógico...

Llegó al fondo, cerca de la premeditadamente tosca empalizada de madera que contorneaba el Rainbow Motel, y se volvió a mirar la cabaña veintidós. Pasó por detrás de otras, todas ellas próximas a la empalizada, y se acercó a la que constituía su objetivo. Vio el pequeño espacio de terreno destinado a jardín, sin vallas ni límites, y la puerta de rejilla, y un par de ventanas... Un silencio de panteón...

Diez minutos después, los agentes Anker y Duling lo vieron aparecer de las sombras, caminando rápidamente hacia el coche. En cuanto llegó junto a ellos, masculló:

—Venid. Tráete unas cuantas ganzúas, Anker.

Los dos agentes saltaron rápidamente del coche, haciéndolo Anker el último, ya que se entretuvo apenas dos segundos para recoger un manojo de ganzúas de la guantera. Hagerty los guió sin rodeos ni vacilaciones hacia la puerta frontal de la cabaña. Subió al porche y señaló la cerradura.

—Abre.

Anker Ambrose no comentó nada. Probó hasta cuatro ganzúas. La cuarta fue la buena, y la puerta quedó abierta. Hagerty entró en primer lugar, esperó a que lo hiciesen sus agentes, cerró la puerta y, tras localizar el interruptor, dio la luz.

—Ved si hay alguien. Pero apuesto a que no.

Bastó medio minuto para convencer a Duling y Ambrose de que, efectivamente, la cabaña estaba vacía. Los dos quedaron delante del sombrío Hagerty, mordidiéndose los labios, esperando la reprimenda. Y sabían que se la habían ganado con todos los honores.

—Sin comentarios —dijo Hagerty, desconcertándolos—. Vámonos de aquí. Y dejadlo todo tal como está.

Poco después, en el coche que utilizaba Anker, Hagerty colgaba el radioteléfono, con el cual se había puesto en contacto con la Delegación.

—Ni una palabra de Chase. ¡Maldita sea, me gustaría saber qué está haciendo...!

—Oh, él debe estar trabajando, y...

—... Y no debe poder telefonar. Pero nosotros sabemos dónde encontrar a la chica que seguí, señor. En el *Twist Club*, ella debe...

—Ya he dicho que vamos a esperar noticias de Chase. Sabemos que podemos localizar a la chica y a Henry Gilmore. Tranquilos. Eso es: tranquilos... No nos queda otro remedio, así que... Vaya, daría cualquier cosa por saber qué es lo que impide a Chase Manning, Su Alteza Imperial, decirnos qué demonios está haciendo en estos momentos...

* * *

Chase Manning suspiró cuando Polly separó sus labios de los de él y, en medio del furioso piar de pajarillos de primavera que tenía en la cabeza, oyó la voz de ella:

—¿Te volveré a ver, Chase?

—Depende.

—Depende..., ¿de qué?

El federal intentó sonreír. Aquello era una broma, claro... Sí, era todo una broma. El estaba cumpliendo un servicio para el FBI, y todo aquello, la velada con *Twist Polly*, la sonrisa luminosa de ella, su invitación a tomar el último *whisky* en su apartamento..., todo, todo aquello era una broma. Una divertidísima broma. Ni a él le gustaba la chica, ni quería creer que ella se hubiese enamorado de él en unas pocas horas.

—¿De qué depende, Chase? —insistió ella.

Estaban junto a la puerta del apartamento de ella. Un apartamento amplio, bonito, con dos dormitorios y un *living* espléndido. Sí... Una broma... Pero lo cierto era que Chase Manning sentía mucho tener que marcharse.

—Pues de... Bueno, quiero que sepas que no eres la primera chica que me besa, Polly.

—Y también debo ser la primera chica a la que besas tú.

—Oh, claro...

—Pero sigo sin entender de qué depende que nos volvamos a ver o no, Chase.

—Pues depende exclusivamente del porqué me hayas besado... Quiero decir que me gustaría saber si has besado a un tipo llamado Chase Manning o al reportero de la famosa revista *Starriness*, la encumbradora de estrellas. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo perfectamente.

—¿Y...?

—¿Tú qué crees, Chase?

—No sé... Bueno, ya tengo todo lo que necesitaba para el reportaje, incluidas las fotos... Hemos paseado, hemos tomado un par de copas de champán, hemos bailado... No sé, *Twist*. No quiero ser tan presuntuoso de decir que tu beso ha sido de amor..., pero sí estoy con vencido de que no ha sido falso. Puede que haya sido de simpatía, de amistad... Pero en todo caso, auténtico.

—Eres muy amable, Chase.

—Quiero decir que... que no estás intentando ganarte la voluntad del reportero... ¿Me equivoco, Polly?

—Si todo lo que estuviese buscando, fuese una oportunidad para poner mis pies en una productora, Chase, ya lo habría hecho... Pero no quise pagar el precio que me pedían. Incluso tan sólo un beso, me parecía demasiado pagar. ¿Lo entiendes tú ahora?

Chase Manning lo entendía perfectamente. Una cosa era que se hiciese el tonto o el atolondrado, y otra cosa que en el FBI, admitiesen a auténticos tontos o atolondrados. El no era ninguna de las dos cosas.

—Lo entiendo, Polly... Sí, nos volveremos a ver..., si tú lo deseas. Ejemmm... Bueno, cuando encuentren la pulsera, vendré a tomarte un par de fotos más... Tiene que ser antes del mediodía del jueves, porque...

—Chase: ¿estás buscando un pretexto para que podamos vernos?

—No, no...

—Entonces, ¿por qué no olvidas de una vez esa pulsera?

—Pues... Bueno, a veces una simple anécdota da más realce a un reportaje, hace más simpáticos a los personajes... Quisiera que este reportaje fuese en verdad beneficioso para ti...

—Buscaré la pulsera... —suspiró Polly—, pero me temo que no la encontraré. Ya la hemos estado buscando los dos. No está en el

apartamento, ni en el cofrecito... Se ha perdido. Es todo, Chase.

Al federal le quemaba la pulsera en su bolsillo. Un buen golpe de efecto habría sido sacarla y mostrársela a *Twist Polly*, y decir que sí, que se había perdido, en efecto..., en un lugar donde había señales de zapatos de mujer..., y un hombre había sido asesinado y brutalmente mutilado.

Pero aquel método de cazar, asustando a la pieza, no era el habitual del FBI. No, no... Las redes se tendían despacio, se dejaba a la presa moverse libremente durante un tiempo, se la estudiaba, se descubría su madriguera, sus idas y venidas, sus relaciones, sus actividades...

—Es todo, claro... —sonrió Manning—. ¿Hasta mañana?

—Hasta que tú quieras, Chase.

Twist Polly cerró los ojos y entreabrió los labios. Por un instante, Manning vaciló. No porque le remordiese la conciencia engañar a la muchacha con un beso, sino porque, realmente, no la iba a engañar, sino que sentía la necesidad de besarla, de ayudarla...

Se inclinó un poco y la besó suavemente.

—Hasta mañana, *Twist*... —musitó.

Ella no contestó. Abrió los ojos, solamente, y lo estuvo mirando hasta que desapareció escaleras abajo. Luego cerró la puerta y se dirigió hacia la ventana, sonriendo dulcemente. Todavía notaba en sus labios el calor de los de Chase Manning... El nombre se repetía incesantemente en la mente de *Twist*, y el rostro del federal parecía estar todavía ante sus ojos.

Apartó la cortinilla y miró hacia la calle. Apenas un minuto después veía a Manning cruzando la calzada en dirección al coche descascarillado lo vio meterse dentro, de sopetón...

* * *

Chase Manning se metió casi furiosamente en el coche y sacó un cigarrillo. Se lo colocó en los labios, en tanto pensaba que tenía que buscar un teléfono desde el cual llamar a Hagerty. No les había parecido conveniente presentarse en el *Twist Club* con un coche equipado con radio o radioteléfono y la elección había recaído sobre aquel viejo armatoste incomunicado.

Eso era lo que tenía que hacer exactamente: llamar a la Delegación, enterarse de las novedades surgidas por otros puntos de

la investigación y... continuar investigando a Polly. Si ella no era culpable de nada, nada perdería. Y si lo era, perdería lo que hubiese apostado en aquel juego de asesinato que...

Había encendido una cerilla de la carterita tomada en el *Twist Club* y, de pronto, se encontró mirándose en el espejo retrovisor. Veía su rostro iluminado, enrojecido..., y detrás suyo otro rostro, lívido y rojo a la vez, de ojos achinados y...

Notó el suave pinchazo en la nuca. Y mientras oía aquella voz, veía moverse los labios del rostro que había aparecido en el retrovisor, detrás suyo.

—Señor Manning: ponga en marcha el coche ya.

La cerilla quemó los dedos del federal, que los sacudió..., y notó más doloroso el pinchazo de la nuca.

—No haga movimientos raros. No hay por qué precipitar los hechos, señor Manning.

El federal dejó el cigarrillo en los labios y llevó las manos a los mandos.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Chino.

—Ya veo que es chino, amigo. Lo que pregunto...

—Pregunta usted mi nombre, lo sé. Y yo le he contestado: me llamo Chino.

—Okey, Chino... ¿Tiene algo contra mí?

—Nada personal. Pero tengo un encargo que cumplir...

—Entiendo. ¿Adónde vamos?

—Un buen sitio será la playa de Malibú. Dirija el coche hacia allí. Yo estaré en todo momento detrás de usted, y si quita las manos del volante, le cortaré el cuello dentro del coche.

—Okey, Chino. Como supongo que es una broma divertida, la seguiré. Me encantan las bromas... Luego iremos juntos, ¿no?

—Sin duda, señor Manning. ¿Nos vamos ya?

Chase puso el coche en marcha. Sabía que no era ninguna broma y pensando en el modo de salir del apuro, bendijo su suerte por haberle metido precisamente dentro de un coche cuyos mandos no eran automáticos. En menos de un segundo, supo lo que tenía que hacer y, aunque peligroso, no lo era menos que, estando desarmado por su papel de periodista, dejar que aquel chino le llevase a una playa solitaria...

Puso el coche en marcha, suavemente, en primera, reteniendo el pedal del embrague, y recorrió así unas yardas. Luego, con movimientos naturales, cambió la marcha, pero no hacia la segunda, sino de golpe a la directa, al tiempo que apretaba al fondo el pedal del gas y soltaba el del embrague...

El coche dio un durísimo salto hacia adelante, se caló el motor y el chino salió disparado hacia el fondo del asiento trasero, mientras el federal, inclinado, atarí la portezuela y saltaba a la calzada, rodando sobre sí mismo, alejándose del coche todo lo posible. Apenas había tenido tiempo de empezar a incorporarse, cuando el chino salía como una fiera del coche, cuchillo en ristre, abalanzándose hacia él.

Chase lo recibió, todavía tendido en el suelo, con una presa de tijeras en las piernas que alzó al chino sobre sus pies, haciendo bascular su cuerpo cabeza abajo. Fue un buen batacazo el del oriental, a pesar de que consiguió amortiguarlo con los antebrazos... Caída que hizo comprender a Manning que el chino sabía no poco de aquellas cosas.

Lo bastante, al menos, para, cuando ya de pie, quiso pisar la mano que todavía empuñaba el cuchillo, el pie de Manning sólo pisase asfalto..., mientras la hoja de acero describía un cerrado semicírculo que acabó en su pantorrilla izquierda.

El golpe del acero, el corte helado, llevó un estremecimiento a todo el cuerpo del federal, que retrocedió, dio un traspié y cayó de espaldas..., viendo al chino precipitarse sobre él, siempre empuñando el cuchillo.

El segundo golpe hubiese dejado clavado a Chase en el asfalto si no lo hubiese parado sujetando la muñeca del oriental. Una muñeca ancha, huesuda, fuerte. Chino poseía una envergadura casi superior a la del federal, y estaba sacando partido de ella y del cuchilla.

Apretando hacia abajo, apoyando en su mano armada todo el peso de su cuerpo, consiguió que la punta del cuchillo quedase a menos de una pulgada de la garganta de Manning, cuyo cuello se hinchaba por el esfuerzo que estaba realizando, mientras su rostro enrojecía y los ojos miraban desorbitados el brillo del acero que se aproximaba a su cuello.

Ni un solo transeúnte.

Nadie.

De pronto, Manning se ladeó, soltó la mano del chino y mientras el cuchillo pinchaba el asfalto, el puño derecho del federal golpeaba fuertemente tras una oreja de su enemigo, que rodó hacia un lado, resoplando.

Esta vez, Chase Manning fue el primero en ponerse en pie. Y cuando Chino empezaba a hacerlo, le golpeó en un ojo con la punta de un pie. El oriental se volcó hacia atrás, su cabeza golpeó el asfalto, rebotó... y encajó un nuevo punterazo de Chase, esta vez en el hígado.

Chino se quedó como si acabasen de petrificarlo, los ojos desorbitados, abierta la boca, otro punterazo, ahora en la barbilla lo tiró de lado.

Manning se inclinó sobre él, lo asió por la muñeca de la mano armada y tiró hacia arriba. Chino, quedó en pie, vacilante, turbios los ojos..., pero todavía le tiró a Chase una presa de dedos a los ojos, y posiblemente le hubiese reventado uno si el federal no hubiese ladeado la cabeza.

Completamente furioso, Manning golpeó con su puño derecho al chino, mientras con la mano izquierda continuaba sujetando la derecha del oriental, en la cual parecía estar pegado el cuchillo. Tres cortos al estómago, ablandaron definitivamente a Chino; sus piernas se doblaron, sus ojos quedaron en blanco... y Chase Manning lo soltó.

Se arrepintió en el acto.

Chino, consciente o inconscientemente, cayó hacia adelante, a plomo, como un palo..., con el cuchillo vuelto hacia sí, colocada la punta sobre su corazón. Cuando llegó al suelo, Manning estuvo seguro de que había oído el rasgar de la carne...

Ahora sí. Ahora se oía un silbato y, al mismo tiempo, como de muy lejos, la voz de *Twist Polly*:

—¡Chase! ¡Chase...!

Manning dio la vuelta a Chino y se mordió los labios. Voluntariamente o no, lo cierto era que el oriental estaba muerto: el cuchillo se había clavado hasta el límite de la empuñadura en su corazón...

—¡Chase!, ¿estás bien?

Se puso en pie a tiempo de recibir en sus brazos a Polly. Un policía se acercaba corriendo, tocando el silbato, con lo cual sólo

conseguía que mucha gente empezase a asomarse a ventanas y terrazas... La calle empezó a estar más y más iluminada, y se empezaron a oír voces, preguntas, gritos...

El policeman llegó junto a Manning, lo miró y en seguida se acuclilló junto a Chino.

Regresó junto a Chase.

—¿Qué ha ocurrido?

—No sé... Estaba dentro de mi coche, me amenazó con un cuchillo... Tuve tanto miedo que algo le pasó al coche y aproveché para escapar, pero él se tiró contra mí...

Parecía muy asustado, y el policía le dio unas palmaditas en un brazo.

—Tranquilo, hermano. Iremos al Departamento y allá se arreglará todo. Es un chino.

Cualquiera sabía de dónde, había aparecido ya bastante gente, y el policía se dedicó a mantenerla alejada de allí. Llegaron dos policías más.

—Oh, Chase, cuando vi desde la ventana...

—Márchate, Polly.

—¿Eh? ¿Qué...?

—No quiero que te mezcles en esto. Vete.

—¡Pero Chase...!

—Te lo suplico. Ahora. No esperes más. No te conviene que aparezcas mezclada en esto.

—¿No me conviene? ¿Qué quieres decir?

—Bueno... Tu carrera, el reportaje...

Twist Polly se mordió los labios.

—¿Estás... hablando en serio, Chase?

—Muy en serio.

—¿Quieres que te deje solo?

—Exactamente. Ya..., ya nos veremos.

Twist Polly estuvo unos segundos mirando a Manning, como si no comprendiese bien las palabras del federal. Súbitamente dio media vuelta y se alejó hacia el edificio donde tenía su apartamento.

Y Chase Manning suspiró aliviado. Todavía podía continuar el juego.

CAPÍTULO VII

—Entendido —dijo el capitán de Homicidios—. Aprendida la lección, Hagerty.

—Gracias. Supongo que nos hay inconveniente en que me lleve a mi muchacho.

—Claro que no. Pero pudimos ahorrarnos trabajo si él hubiese dicho quién era.

—Ya sabe los motivos. El chico dijo que tenía que llamar a su abogado y me llamó a mí. Eso es todo. En cuanto a la Prensa...

—Ya le he dicho que me aprendí la lección: reportero atacado por un chino que quería robarle. Dejado en libertad por considerarse no sólo defensa propia, sino muerte accidental del chino... Su abogado se llevó a Chase Manning.

—Perfecto —sonrió Hagerty—. Hasta otra.

—Espero que no.

Sonriendo, el inspector del FBI, abandonó el despacho del capitán de Homicidios. Afuera, sentado junto a un policía, Chase Manning lo miró y se puso en pie rápidamente.

—¿Solucionado?

—Claro. Vámonos.

El policía iba a decir algo, pero su capitán apareció en la puerta del despacho y le hizo una seña. Dos minutos después, Hagerty y Manning se metían en el coche que les estaba esperando.

—Y ahora, Chase, ¿qué pasó?

—Lo expliqué ya. Todo lo que puedo añadirle a usted es que vi a un chino en el *Twist Club*. Bueno, todo puede ser una coincidencia...

—Desde luego. La chica que le señalaste a Anker y el tipo que estuvo en el yate, llamado Henry Gilmore...

—¿Henry Gilmore? —exclamó Manning.

—¿Lo conoces?

—¡Es el padre de *Twist Polly*!

Hagerty, Anker y Duling se miraron.

—Cuéntanoslo todo de un modo detallado, Chase, Anker, dale al volante. No vamos a estar de charla aquí delante.

Ambrose puso en marcha el coche, lentamente, y se dedicó a dar unas vueltas por la ciudad, mientras Manning explicaba su parte de acción en el asunto, sus conclusiones, la gente que había visto... No se dejó ni un solo detalle, por insignificante que pudiese haberle parecido a cualquiera. A su vez, entre Hagerty, Duling y Anker le pusieron a él en antecedentes de lo ocurrido fuera de su dominio en aquel servicio.

—Hay dos detalles que no me gustan en tu relato, Chase. Has bebido demasiado *whisky* y quizá has confiado demasiado en los bonitos ojos de *Twist Polly*.

Manning se removió inquieto, disgustado.

—Bueno, también usted y los muchachos han hecho algo que no me ha gustado a mí.

—¿Oh, sí? ¿Qué es ello?

—Perder de vista a Henry Gilmore y a Eugenie Blandford.

—Tienes razón... —sonrió hoscamente Hagerty—. Pero los volveremos a encontrar. Vamos a repartirnos los puestos de vigilancia y, tarde o temprano, esas personas se pondrán a nuestro alcance. Con paciencia y astucia, serán nuestros antes de veinticuatro horas. No importa dónde estén ahora. Volverán a sus madrigueras, y ya los tendremos de nuevo localizados. Todo lo que restará entonces será no perderlos de vista ni siquiera un segundo... Maldita sea, la verdad es que me gustaría saber dónde están ahora y qué hacen nuestros amigos Henry Gilmore y Eugenie Blandford...

* * *

Henry Gilmore miró al pesquero con evidente desconcierto.

—¿Ahí hemos de subir?

—Ahí, Gilmore... —asintió Walter Yan Chu—. ¿No le gusta el sitio?

—Es un escondite tan bueno como otro cualquiera.

—Pues vamos allá.

Recorrieron la pasarela resbaladiza, sujetando Gilmore a Eugenie, bajo la irónica y malévola mirada del chino. A bordo ya, vieron a cuatro hombres que los miraban en silencio. Dos de ellos eran chinos y los otros dos blancos. El pesquero se balanceaba suavemente, y en el agua se veía, quebrada, la luz de la luna en menguante.

Uno de los hombres blancos se adelantó hacia Yan Chu, con sonrisa obsequiosa.

—Todo listo, señor.

El chino se volvió hacia Eugenie y Gilmore.

—Éste es Ted Hubbard, mi hombre de confianza. Mírenlo bien, porque es quien mejor conoce el negocio..., aparte de mí mismo. Con él al frente de esto, todo irá bien... ¿Alguna novedad, Ted?

—No, señor. Todo bien... Estupendamente bien.

—Magnífico. Mañana, después del mediodía, empezad a preparar el Blue Sky. Ya es nuestro. Para cualquier preguntón, sea quien sea, el propietario es el señor Henry Gilmore, y vosotros sois la tripulación que él ha contratado. ¿De acuerdo?

—Sí, señor.

—Espléndido.

Yan Chu hizo una seña a uno de los chinos, señalando a Gilmore. Éste se dio cuenta, pero ni siquiera tuvo tiempo de extrañarse. El chino dio un paso hacia él, por detrás, y le golpeó con un trozo de bichero roto en la cabeza.

Henry Gilmore vaciló un instante, cayó de rodillas y volvió la cabeza hacia Eugenie, abierta la boca en un principio de pregunta que no llegó a brotar de sus labios, porque el segundo golpe lo dejó desvanecido sobre cubierta.

—Muy bien, Fong. Ahora marchaos todos. Wai traerá el pesquero desde Santa Catalina, con la señorita Blandford a bordo. Respecto a la señorita Blandford, quiero dejar bien claro que será respetada y obedecida en todo momento como si fuese yo mismo... ¿Lo habéis entendido bien?

Hubo un murmullo de asentimiento y Walter Yan Chu hizo un gesto displicente de despido. Los cuatro hombres desembarcaron y el propio Yan Chu se encargó de llevar el pesquero mar adentro. Fijó el timón y se dedicó a atar concienzudamente las manos de Henry Gilmore a la espalda. Luego selló su boca sólidamente con un

trozo de ancha tira de esparadrapo, que se pegaba a los extremos inferiores de las orejas, de modo que sujetaba los lóbulos con el cabello de la nuca... Quitar aquella tira de esparadrapo resultaría no poco doloroso.

—¿Tardaremos mucho en llegar a Santa Catalina, Walter?

—Algo menos de dos horas. Pero ya no hay prisa; en cuanto a tu regreso, uno de mis hombres te devolverá a Los Ángeles discretamente. No te preocupes.

Eugenie señaló a Gilmore.

—¿Y él? ¿Lo vas a matar?

—Ése es su destino... Pero no le va a ser fácil morir, no...

Echó al mar un cubo sujeto con una cuerda y lo subió lleno de agua, que vertió sobre el desvanecido Gilmore. Éste se agitó, movió los brazos, pareció que quería hablar y, finalmente, tendido boca abajo en la cubierta, alzó la cabeza lo suficiente para mirar a Eugenie y Yan Chu.

—Mmmm... ¡Mmmm...!

Yan Chu se acuclilló junto a él.

—No se esfuerce, querido Gilmore. No podrá hablar. Ya no lo podrá hacer nunca más.

—¡Mmmm...!

—Ahorre energías... O gástelas, como quiera. ¡El resultado va a ser el mismo...!

Lo asió del cuello de la chaqueta y tiró de él, poniéndolo en pie. Los ojos de Henry Gilmore iban de Eugenie al chino, y viceversa, rápidamente No comprendía nada...

—Ya cumplió su parte, Gilmore. El yate está a su nombre, y hasta que tengamos que dar explicaciones por... usufructuarlo nosotros, le habremos sacado no menos de quince millones de dólares... Pero no quiero que piense que va a morir porque ya ha dejado de sernos útil, no... Va a morir por lo mismo que Aldous Marbs perdió sus puercas manos y su cochina lengua... Lo vio, ¿no es cierto?

Los ojos de Gilmore parecían a punto de saltar de las cuencas.

Yan Chu soltó una risa amablemente burlona.

—El tuvo la culpa. Igual que usted. Eugenie es algo... lejano para ustedes. No debieron tocarla, ni hablarle de cierto modo... Sus manos y sus lenguas fueron demasiado osadas, Gilmore. Por eso, en

cuanto usted y Eugenie se marcharon, yo castigué a Marbs como en verdad se merecía... Oh, sí, estaba allí... Bien oculto, claro, pero siempre atento a los acontecimientos. Fue usted tan torpe, que incluso Eugenie tuvo que ayudarlo. Esta vez, Gilmore, Eugenie no podrá ayudarlo...

Henry Gilmore dio un paso atrás cuando vio la navaja en manos del chino, que se limitó a reír. Dio otro paso, y otro, y otro... Walter Yan Chu fue calmamente detrás de él, hasta que la espalda de Gilmore chocó contra la borda.

Entonces, Yan Chu adelantó rápidamente dos pasos y hundió la navaja en el cuerpo de Henry Gilmore, cuyo alarido de agonía fue apenas un murmullo inaudible. Para el siguiente navajazo, ni siquiera tenía fuerzas para intentar el grito, el alarido. Al tercero cayó de rodillas, precipitándose de bruces contra la cubierta.

Yan Chu tiró la navaja al mar. Luego arrastró junto a Gilmore un saco de arroz y lo ató sólidamente a sus pies. Alzó el saco por encima de la borda, resoplando. Por fin, sin preocuparse de si en aquel cuerpo quedaba vida o no, lo tiró al mar.

Se volvió hacia Eugenie, sonriente. La muchacha estaba como congelada, inmóvil, blanco el rostro, trémulos los labios. Tuvo que hacer un doloroso esfuerzo para no gritar cuando Yan Chu le pasó un brazo por los hombros.

—Ya está. Y no te preocupes. Nadie sabe que él compró el yate con dinero que yo te di y que tú le entregaste a él. Ni sabrá nadie lo que ocurra con los cinco próximos «propietarios» de yates. Todo va bien, ¿no?

—Sí... Todo va muy bien.

—¡Eso es! —rió Yan Chu—. Y ahora, vamos a toda máquina a la isla. Tienes que conocer a los socios aportadores de materia prima.

CAPÍTULO VIII

Eran cuatro, todos ellos blancos. Aparecieron en cuanto Yan Chu llegó a su *bungalow* situado hacia el centro de la isla de Santa Catalina. Un *bungalow* grande, cómodo, lujoso. Eugenie entró en él con cierta prevención, ya que, pese a su trato relativamente prolongado e íntimo con Yan Chu, jamás había estado allí. Si esperaba encontrarse con una cámara de torturas o algo parecido, se llevó una sorpresa, porque el interior del *bungalow* mostraba el más clásico y completo confort americano.

Apenas había cerrado Yan Chu la puerta cuando llamaron a ella. El chino sonrió, abrió y dejó entrar a los cuatro hombres que habían estado esperando escondidos en el jardín.

Les señaló en silencio hacia el interior del *bungalow* y los cuatro se dirigieron hacia allá, siempre en silencio, tras una breve, inquisitiva, calculadora mirada a Eugenie. Se sentaron en el confortable *living* y se quedaron mirando a Yan Chu, que se dirigía hacia el bar del rincón. Ninguno parecía conceder la menor importancia a la muchacha. Eugenie era muy bonita, pero ellos no se estaban complicando la vida para ver a una chica bonita, sino por cosas más serias.

—¿Y bien, Walter? —preguntó uno de ellos al fin.

El chino sonrió y sirvió *whisky* en seis vasos, previamente colocados sobre una bandeja, desde la cual los distribuyó luego entre todas y se quedó sentado junto a Eugenie, en el sofá, rodeando la esbelta cintura de la muchacha con un brazo.

—Hablemos con calma, señores. El negocio está en marcha, todo va bien y no hay motivos para apresurarse en ningún sentido. Mi acompañante se llama Eugenie Blandford y es la propietaria del *Twist Club*, en Los Ángeles. De allá saldrán muchos de nuestros

futuros clientes. Aparte de esa pequeña aportación, Eugenie nos va a ayudar en la adquisición de los yates, buscando los hombres que figurarán como propietarios..., los cuales, claro está, como ha sucedido con el primero, llamado Henry Gilmore, irán desapareciendo. Y, finalmente, Eugenie es... algo muy personal para mí. Espero que no tengan inconveniente en que ella participe en el asunto en la misma medida que yo, y que disponga con mi misma autoridad... ¿Alguna pregunta?

No hubo preguntas; por lo menos, no respecto a aquella cuestión.

—Bien... —sonrió complacido Yan Chu—. Eugenie, ellos son los señores Holligan, Thiess, Porter y Saxon. Ya os iréis conociendo mejor. Por el momento, basta que tú sepas que ellos son los proveedores nuestros y que ellos sepan que formas parte del..., de la sociedad. Y ahora definamos el asunto.

—¿Cuántos yates tenemos ya, Walter?

—¿Cuántos? Uno solo: el Blue Sky. Pero...

—No me parece acertado empezar con un solo yate.

—¿Quién habla de empezar? —sonrió Yan Chu—. Se trata solamente de ir preparando el Blue Sky, y de comenzar a llevar la mercancía a la costa por medio del pesquero. Eugenie se encargará de la adquisición de algunos yates más, aunque tenga que viajar por toda la costa. Es menos peligroso que ella se encargue de esto... Si le hiciesen preguntas, le basta decir que quiere los yates para volverlos a vender... Por más que siempre encontrará algún tipo que acepte poner el yate a su nombre, igual que Gilmore. En cuanto a nosotros... —sonrió secamente—, ¿alguno quiere dirigir directamente la compra o preparación de esos yates?

Hubo cuatro refunfuños que hicieron sonreír nuevamente al oriental.

—Exactamente —deslizó—: demasiado riesgo para quienes ya tienen en su cuenta algún disgustillo con los de Narcóticos, Policía, FBI, etc. Por eso, dejaremos esa parte en manos de Eugenie... Todo lo que tenemos que hacer nosotros es continuar recibiendo la mercancía en Santa Catalina, esconderla y pasarla en los momentos convenientes hacia la costa por medio del pesquero. Y el pesquero, cada noche, pasará cerca de los yates que compondrán nuestra... flota. De cada yate, un hombre saltará al agua, nadará hasta el

pesquero, recogerá la mercancía y regresará a bordo del yate. Una vez recogida de este modo la mercancía, se pasará a buscar a los clientes... ¿Si, Porter?

—Bien... Ésa es una parte que me parece difícil, Walter...

—Nada de eso. Nuestros clientes no van a ser desgraciados que fuman hasta reventar. Serán gente de dinero, digamos... viciosos educados. Es la gente que nos interesa. Ellos tendrán tanta o más discreción que nosotros. Se llegarán a un punto de la playa, hacia el Sur, y serán recogidos por las barcas de cada yate. Una vez a bordo, ellos escogerán su diversión, su vicio. Esa gente saben que no pueden fumar opio en cualquier lugar del Barrio Chino, o de la ciudad... Es muy peligroso. Tampoco se atreven a fumar opio en sus casas. Pero sí lo fumarán en nuestra flota de yates. Serán recogidos al anochecer y dejados en la costa al amanecer. Luego los yates se irán mar adentro para airearse. El opio tiene un olor característico y conviene una buena brisa para despejar los yates de ese olor. Es diferente la morfina, o la heroína...

—Si tendremos heroína, morfina, opio y hachís, para nuestros clientes, Walter... ¿por qué no unas cuantas chicas que...?

—¡No! ¡Nada de mujeres, Saxon! Ni una sola... Tienen que entenderlo bien. Nuestro negocio no ha de relacionarse en modo alguno con mujeres. Cualquier clase de droga, a petición de nuestros clientes, que las... disfrutarán en alta mar. Eso será todo.

—De acuerdo, de acuerdo... Supongamos que un yate despierta sospechas...

—Se abandona.

—¿Abandonar medio millón de dólares?

—No todos van a costar medio millón —sonrió Yan Chu—. Tengo la satisfacción de comunicarles que el Blue Sky lo hemos conseguido por trescientos mil dólares..., previa eliminación de un rival en la compra y futuro rival en el negocio.

—¿Aldous Marbs? —musitó Thiess—. Hemos leído que fue encontrado su cadáver.

—No se preocupen: murió Marbs, y murió quien mató a Marbs. Es agua pasada. Y volviendo a la posibilidad de que uno de los yates llegue a resultar sospechoso, insisto en que bastará abandonarlo. Luego, que busquen a su propietario legal..., a ver si lo encuentran, después de una entrevista con Chino o con otro de mis hombres.

Hubo cuatro sonrisas satisfechas. Saxon alzó una mano.

—¿Sí, Saxon?

—Parece que todo está bien montado y pensado. Clientes que son recogidos en puntos distintos de la costa y dejados al amanecer en otro lugar diferente. Llevamos los yates mar adentro, nuestros clientes se empapurren de lo que más les guste y luego, tan tranquilos, son dejados en la costa. La idea es buena, y usted va a dirigir todo ese asunto... ¿Le parece bien?

—Siempre y cuando usted continúe proporcionándome las drogas.

—Eso está hecho, Walter, sabemos cada uno nuestro trabajo. Usted organice eso y nosotros seguiremos absorbiendo los narcóticos que llegan de Asia en barco y se los pasaremos a usted, a su pesquero. Ahora bien: ¿qué hay de los beneficios?

Thiess, Holligan y Porter apoyaron con entusiasmo la pregunta de Saxon. Walter Yan Chu alzó una mano.

—Los beneficios serán a partes iguales y proporcionalmente al capital invertido. No encuentro nada más justo. Éste es un negocio que nos puede convertir en millonarios a todos en menos de un par de años. Tenemos que ser inteligentes, comprender nuestras respectivas situaciones dentro de la sociedad. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. ¿Qué me dice de ella? —señaló Holligan a Eugenie.

—Ella cobrará lo que le corresponde como socio activo por un lado y como capitalista en la proporción a su aportación.

—Está bien —admitió Holligan—. ¿Qué hay de las tarifas?

—Bueno... Eso podemos tenerlo en estudio unos cuantos días más. Pero podemos partir de la base de que un camarote costará cinco veces más que un biombo. Por ejemplo: un par de pipas de opio en un camarote costarán al cliente cinco mil dólares. En cambio, ese mismo par de pipas, fumadas en los departamentos que se harán en los saloncitos, costarán mil dólares. La morfina y la heroína tienen menos problemas: se entrega y ya está. Pero hemos de mantener contentos también a los clientes de opio. Esos necesitan un lugar donde «dormir» después de las pipas...

—Podríamos habilitar también las cubiertas y...

—Un momento, Porter —refunfuñó Yan Chu—. ¿Quiere convertir los yates en un lugar asqueroso?

—No, claro...

—Entonces, olvídense de eso. Los clientes de morfina, «nieve» y cosas así, compran y se van. Pero a nosotros, por encima de todo, nos interesan los clientes de opio, que pagan no sólo el opio, sino el placer de saberse seguros en alta mar, lejos de toda posibilidad de que la policía interrumpa su éxtasis. Esos clientes son los que pagarán cinco mil dólares por un camarote, y son los que nos interesan. En la cubierta, sólo aceptarían fumar tipos que para conseguir lo que costase fumar allí, habrían tenido que robar, y que nos traerían al yate a la policía, buscando a unos simples ladrones, muertos de hambre... Nuestra flota ha de ser un lugar elegante, sin chusma, discreto, amplio... Creí que esto estaba ya entendido. Pocos pero buenos clientes. Para tener un fumadero miserable de opio, yo continuaría en el Barrio Chino de San Francisco, señores.

—De acuerdo, Walt, de acuerdo... De acuerdo en todo. ¿Cuándo quiere la primera entrega a su pesquero?

—Mañana por la noche.

—Bien... Parece que ya lo hemos hablado todo, ¿verdad?

—Así es. Buenas noches, señores.

Los cuatro cambiaron unas miradas, miraron a Yan Chu, a Eugenie, sonrieron, se pusieron en pie y se despidieron en masa. Apenas un minuto después, el chino y Eugenie estaban solos.

Yan Chu alzó su vaso de *whisky*, sonriendo, complacido.

—Por nosotros, querida.

—Por la sociedad —brindó ella.

—No, no... He dicho por nosotros. Por ti y por mí, Eugenie.

La muchacha sonrió.

—Por nosotros, amor.

Y bebió un sorbito, con los labios fruncidos en una dulce sonrisita. Un año. Sólo un año..., dos como máximo, y Walter Yan Chu tendría motivos para lamentar haberse fijado en ella. Cuando el chino fuese a darse cuenta, si es que podía, ella habría desaparecido con los beneficios de ambos durante aquellos dos años de negocio de fumadores flotantes. Un par de años más... ¡y adiós para siempre, definitivamente, a la vida dura!

Dejó el vaso y se puso en pie. Yan Chu se quedó mirándola sin comprender.

—¿Qué ocurre? —musitó.

—Me voy, Walt.

—¿Te vas...?

—Tú mismo dijiste que Wai me llevaría de regreso a Las Ángeles en el pesquero.

—Sí, pero..., pero no tan pronto.

—¿Pronto? —sonrió ella—. Me parece que has perdido la noción del tiempo. Hemos hecho mucho trabajo esta noche. Walt.

El chino miró su reloj, vaciló y acabó poniéndose en pie, de mala gana.

—De acuerdo. Te acompañaré en el coche.

—Gracias... Oh, Walt, estoy pensando...

—¿Sí?

—Bueno... ¿Tienes ya aquí el dinero para los cinco yates restantes?

—Claro.

—Convendría que me lo diceses ahora... ¡No seas tonto! —rió—. ¿Crees que voy a escaparme con él? Los dos sabemos que no llegaría muy lejos...

—Así es, querida. No por el dinero, entiéndelo. Tu traición me heriría mucho más hondo que un par de millones desaparecidos.

—Eres tonto, Walt —susurró ella abrazándose al chino—. Lo que quiero es llevarme el dinero para esconderlo en el doble fondo de mi caja fuerte. Iré haciendo las compras sin necesidad de que tú tengas que llevarme cada vez una cantidad al club. Creo..., creo que sería mejor que no nos viésemos durante las compras de los yates... ¿Lo comprendes, no es cierto?

Walter Yan Chu estuvo mirando con sus negrísimos y oblicuos ojos a la muchacha, intensamente, al fondo de los suyos. Por fin, sonrió y la besó en los labios.

—Lo comprendo. Eres inteligente, Eugenie, y eso me gusta. Te daré el dinero ahora mismo... Mmm... No me gusta la idea de estar unas semanas sin vernos, pero todo valdrá la pena al fin.

Eugenie sonrió dulcemente y besó a Yan Chu.

—Todo valdrá la pena, amor...

Yan Chu fue a uno de los dormitorios y regresó en seguida con un maletín, que entregó a la muchacha.

—Dos millones de dólares, querida. Sé juiciosa y cautelosa... Estoy pensando que sería conveniente que te acompañase de

regreso al club, o que lo hiciese Wai...

—¿Qué temes? —rió de nuevo Eugenie—. Oh, vamos me tratas como si fuese una niña estúpida, Walt, querido...

—Tienes razón. Te llevaré al embarcadero y Wai te dejará en Los Ángeles...

* * *

—Ahí la tenemos —musitó Anker—. Va a entrar en el club por la puerta lateral, señor... ¿Vamos a por ella?

—Lleva un maletín... No, no vamos a por ella, Anker. Esperaremos. Dejaremos que ella misma, con sus actividades, nos lo vaya dando todo hecho —respondió el inspector.

—Lo que usted diga.

Anker Ambrose bostezó, mirando por la ventanilla. Seguramente, no tardaría ni siquiera media hora en amanecer y entonces tendría que alejar el coche todo lo posible del *Twist Club* para evitar sospechas.

—Llama a Chase al coche. Dile que Eugenie Blandford ha vuelto y pregúntale si hay algo nuevo con esa chica, *Twist Polly*.

Ambrose obedeció. Cortó la comunicación y volvió a bostezar.

—Todo tranquilo por aquí, señor. La chica no ha tenido visitas y Chase tiene tanto sueño como yo. A ver qué pasa con el nuevo día.

CAPÍTULO IX

Pegado a la barra, con su sonrisa de tonto y un cigarrillo en los labios, Chase Manning se dedicaba a mirar a su alrededor, haciendo un guiño de cuando en cuando a Sally, la chica fotógrafo.

El *Twist Club* estaba muy animado. La mayoría de los clientes dirigían miradas hacia el escenario, por donde, no tardando mucho, debería aparecer *Twist Polly* en su primera actuación de la noche.

Chase pasaba el tiempo pensando en lo que podría ocurrir aquella noche en el yate *Blue Sky*. Durante el día, había habido bastante movimiento en él y, por medio de llamadas de Hagerty, que le tenía al corriente, sabía que unos tipos de un pesquero estaban llevando cosas, al *Blue Sky* saliendo y entrando en el yate como si fuese de ellos. Ni rastro de Henry Gilmore, el hombre que lo había comprado.

Pero en el *Twist Club* estaban Polly y Eugenie. Y puesto que alguien tenía que vigilarlas a las dos, nadie mejor que Manning, el nuevo admirador de *Twist Polly*. Eso, dentro del local. Afuera, estaba Anker Ambrose, también atento a cualquier suceso inesperado y listo el coche en todo momento para seguir a quien fuese.

Los aplausos le hicieron mirar hacia la pista. Allí estaba la hermosa y trepidante *Twist Polly*, con sus graciosas trencitas... Las luces se apagaron y sólo la muchacha estaba iluminada con la de uno de los focos de cristales giratorios, de modo que tan pronto se veía azul, verde, roja, amarilla...

—Chase...

Reconoció la voz de Anker, tensa, al tiempo que notaba el tirón en la manga.

—¿Qué hay? —musitó—. ¿Ocurre algo, A. A.?

—Los del pesquero... Me ha llamado el jefe al coche... Los del pesquero son contrabandistas de drogas... Ha habido una pelea en el mar. Los siguieron con dos lanchas y los cazaron cuando se dedicaban a la recogida de paquetes de opio...

Chase Manning se mantuvo sereno, con su sonrisita de tonto.

—Demonios...

—Han herido a dos de los nuestros. Unos tipos de cuidado, Chase. A los que han quedado vivos los están estrujando... Parece que van soltando algunos nombres...

Manning se mordió los labios.

—¿*Twist* Polly? —susurró roncamente.

—No, no... El jefe dice que no perdamos de vista a la dueña del club. Relaciona el yate con las drogas. Hay un tipo allí que se llama Ted Hubbard, que parecía dirigir a aquella gente... Había un par de chinos... O más.

—Entiendo. ¿Eso es todo por ahora?

—Sí.

—Los muchachos están haciendo un buen trabajo allá, Anker. No fallemos nosotros. Ve afuera, y dedícate exclusivamente a la puerta lateral del club. Por lo que más quieras, A. A.: no la pierdas de vista ni un segundo. Yo me encargo de la puerta principal. Y pásame cualquier novedad que el jefe te comunique.

—De acuerdo.

Ambrose salió del club. La música continuaba, alegre y divertida. Chase bebió otro sorbito de *whisky*. Se sentía extraordinariamente contento por el hecho de que el nombre de Polly no estuviese relacionado con aquello. Y, sin embargo, la pulsera de la muchacha encontrada junto al cadáver de Aldous Marbs... ¿Por qué habían matado a Aldous Marbs? ¿Había estado Polly allí realmente? La pulsera podía haber pertenecido a cualquiera de las chicas del club si no hubiese sido de oro macizo. Y de aquella clase, solamente Polly y Eugenie las poseían actualmente en el club, Y puesto que Eugenie tenía la suya y Polly la había perdido... La conclusión parecía demasiado evidente. Sin embargo...

Un estallido de aplausos le distrajo. Las luces se encendieron.

Twist Polly se dirigía, sonriente, hacia él. Y cuando llegó Chase, súbitamente decidido, ni siquiera le dio tiempo a abrir la boca.

—Tengo que hablar contigo, *Twist*.

—Oh, sí, Chase... Dime.

—En una mesa. Es... importante para mí.

Polly lo miró profundamente, conteniendo su emoción. Estaba claro que la muchacha pensaba que la conversación tocaría un tema íntimo, relacionado con los dos...

—Sí, Chase. Como quieras...

Fueron hacia una mesa apartada. Polly se sentó y se quedó mirando ansiosamente al federal. Parecía una niña esperanzada y Manning tuvo que tragar saliva antes de preguntar:

—*Twist*: ¿has matado tú a un hombre llamado Aldous Marbs? ¿Sabes algo de esto?

La muchacha se quedó con la boca abierta y, de pronto, palideció.

—Chase... No..., no com... prendo...

—Tienes que decírmelo, *Twist*... Tienes que comprenderlo. Te estoy preguntando si tú mataste anteanoche a un hombre llamado Aldous Marbs.

Polly se mordió los labios.

—No eres..., no eres periodista de..., de la *Starriness Me* has engañado...

—Entiende que...

—Me has engañado, Chase... Tú también me has engañado. ¿Crees que yo he matado a un hombre? Oh... Y quizá estás pensando que el chino que anoche quiso matarte tiene algo que ver conmigo...

—*Twist*, espera... No desquiciemos las cosas...

—Eres un policía, ¿verdad?

—No... No exactamente... Escucha, es largo de contar. Tu padre y Eugenie Blandford tienen algo que ver en todo esto y pensé que tú también... Luego, la pulsera...

Chase Manning sentía odio hacia sí mismo. Se estaba dando cuenta de que el fallo era lamentable.

—¿Mi padre y Eugenie? ¿Qué quieres decir, Chase?

—Se encontraron anoche en un motel, en una cabaña, y luego desaparecieron...

—¡Pero Eugenie está aquí, en el club! ¿Por qué no le has preguntado a ella lo que te interesa?

—Porque...

Unas manos se apoyaron en la mesa y el rostro de Anker, excitado, se inclinó hacia el de Manning.

—Chase..., el chino... El chino de anoche, ¿recuerdas? Acaba de entrar por la puerta lateral... Y está completamente mojado.

—¡Cuida de Polly, Anker!

* * *

Eugenie alzó vivamente la cabeza, con el inicio de un gesto de disgusto hacia quien tan rotundamente abría la puerta de su despacho. Y quedó pálida como un cadáver.

—¡Walt! —Se puso en pie de un salto.

Yan Chu saltó ágilmente hacia ella, la agarró por la ropa y colocó la punta de una navaja en la garganta de Eugenie. Estaba empapado y su rostro aparecía desencajado, trémulo de rabia.

—Perra traidora...

—Walt, por..., por Dios, no..., no entiendo...

—¿Eres muy lista, no es eso? Te conformas con dos millones, sin peligro, sin jaleos, sin trabajo... Te llevas los dos millones, engañándome ¡a mí!, con tus mentiras, tus arrumacos...

—No... No... ¿Qué ha pasado...?

—¿No lo sabes? —se burló cáusticamente Yan Chu—. Pues te lo diré querida: el FBI, nos lo ha echado todo a perder. Nos han pillado con las manos en la masa, han atrapado vivo a Ted Hubbard, lo van a saber todo muy pronto...

—¡Dios mío!

—¿Qué creías? ¿Que nos matarían a todos y que podrías quedarte tranquilamente con los dos millones? Pues ya ves que Hubbard te podrá delatar y que yo he escapado... Vas a pagarme este mal rato en el mar, Eugenie... ¡Lo vas a pagar!

—Walt..., te su... plico... ¡No es cierto, no es...!

Yan Chu la tiró contra la pared de un fortísimo golpe dado de revés en pleno rostro.

—¡Abre tu caja fuerte!

—Walt, no he hecho eso, no...

—¡Abre la caja, perra! ¡Ya te enseñaré yo...! ¡Ábrela!

Temblando, Eugenie fue hacia la caja fuerte y la abrió. Se volvió hacia Yan Chu, que estaba tres pasos detrás de ella, vigilante.

—El... ma... letín está en..., en el doble fondo...

—¡Lo quiero! ¡Vamos, vamos ahora!

—Walt, te juro...

—¡El maletín!

Eugenie abrió el doble fondo y sacó el maletín. Yan Chu se lo quitó de un manotazo y lo dejó sobre la mesa. Lo abrió, vio el dinero y dirigió sus malignos ojos hacia la muchacha, alzando el cuchillo.

—Y ahora, quer...

Recibió la primera bala en el cuello. Más bien una balita, pero suficiente para empujarlo hacia atrás y aflorar todos sus músculos, de modo que el cuchillo cayó al suelo. Todavía estaba tambaleándose cuando recibió la segunda bala disparada por la diminuta pistola, cuyo estampido parecía el impertinente ladrido de un «chihuahua» en el pecho. Y aún aguantó en pie hasta que Eugenie apretó por tercera vez el gatillo de la pistolita, metiéndole la bala en la frente.

Walter Yan Chu saltó hacia atrás y cayó de espaldas, con sonido seco, pesado. Su último pensamiento fue que debió haber previsto que aquella víbora tendría, sin duda, algún arma en la caja fuerte y no haberla perdido de vista...

Todavía estaba cayendo Yan Chu cuando ya Eugenie había saltado hacia el maletín. Lo cogió, fue hacia la caja, metió en él todo el dinero que quedaba allí, lo cerró y luego se inclinó sobre el chino.

—Creo que te volviste loco, chino de los demonios... Pero bien muerto estás. Me obligas a huir, maldito seas mil veces...

—Pero no demasiado lejos, señorita Blandford.

Eugenie se volvió velozmente hacia la puerta, alzando la pistola y disparando. La balita dio en el marco y arrancó unas pocas astillas... Luego se quedó mirando al desarmado Chase Manning.

—¡Apártese! Apártese o...

—Es mejor que deje caer esa pistola, señorita Blandford. Está hablando con un agente del FBI...

Eugenie estaba lívida, temblorosa.

—¡Apártese, Manning, o...!

Apretó de nuevo el gatillo..., justo en el momento en que Polly entraba en el despacho, velozmente, apartando al federal. Recibió

en el pecho, hacia el costado, por debajo del seno izquierdo, una de aquellas balitas. Fue suficiente para ella el impacto. Giró hacía, un lado, cayó al suelo ante los asombrados ojos de Eugenie y la señaló.

—Mi padre... Tú y él...

Eugenie se dio cuenta de que Chase Manning, lívido, avanzaba hacia ella y alzó de nuevo su pistolita. Pero el estampido que se oyó valió por diez de los de su arma. Recibió un tremendo plomazo en el hombro derecho, que pareció aplastarla contra el suelo. Anker Ambrose, pistola en mano, acabó de entrar en el despacho y alejó de un puntapié el arma de Eugenie Blandford, que se desvaneció a mitad de su intento de recuperarla.

El agente fue hacia su compañero.

—Lo siento, Chase... La chica se me escapó...

Manning ni siquiera alzó la cabeza.

—Llama, Anker. ¡De prisa!

—Sí, Chase. Lo siento... Parece que tú, a esa chica la... Lo siento, Chase.

—¡Llama una ambulancia!

Ambrose se precipitó hacia el teléfono, mientras Manning continuaba examinando la herida. La bala había roto un par de costillas justo bajo el seno y había quedado mordiendo la carne de la muchacha. Completamente pálido, Chase Manning estuvo unos segundos mirando absorto el rostro de *Twist Polly*. De pronto, fue hacia Eugenie y le quitó la pulsera, que le iba quizá un tanto justa en la regordita muñeca. Regresó junto a Polly y le colocó en primer lugar la pulsera hallada junto al cadáver de Aldous Marbs. Luego alzó la inerte mano, sujetando el antebrazo. La pulsera resbaló por la fina piel y casi se salió de la mano. Quitó aquella pulsera y probó la que había estado llevando Eugenie, realizando la misma operación. Esta vez, la pulsera quedó detenida en su punto justo, sin peligro de que pudiese perderse en cualquier momento.

Volvió junto a Eugenie y le colocó la pulsera que había sido hallada junto a Marbs. Le iba más holgada, más natural. La verdad, que debió haber adivinado mucho antes, fue como un mazazo que recibiese en plena cabeza.

—Espero que ella me perdone... Sí... Eso espero...

ESTE ES EL FINAL

—El... el doctor me ha autorizado a entrar...

Polly lo estuvo mirando en silencio unos segundos. Chase Manning, el hombre simpático que le había preguntado días atrás si ella había asesinado a un hombre, estaba allá, en su cuarto de la clínica, recibiendo franjas del sol que entraba por la ventana.

—Está bien, Chase.

El federal acercó una silla y se sentó en la punta. Se miró las manos, las rodillas y los zapatos.

—¿Cómo..., cómo estás...?

—Bien. De salud, bien.

—Entiendo... Ya debes saber...

—Sí. ¿Lo habéis encontrado?

—Todavía no... El mar... el mar es..., ¡es tan grande...!

Twist Polly sonrió débilmente.

—Muy grande, Chase.

—Sí... Muy grande, claro... ¿Estás bien?

—Ya te he dicho que sí.

—Oh, es cierto... Bueno... Oh, me alegro mucho, *Twist*...

—Gracias. Siempre me pareciste amable.

El federal volvió a mirarse las manos, las rodillas y los zapatos, sólo que esta vez en orden inverso.

—Yo... Yo... tengo algo para ti, *Twist*.

—Oh.

El sacó una pulsera, con una moneda colgando.

—Conseguí que..., que... Te la he traído.

—Gracias. ¿Estás seguro de que esta vez es la mía?

Chase Manning encajó el golpe.

—Sí, sí... Es la que llevaba Eugenie Blandford... Yo os probé a cada una de las dos pulseras y..., y la que encontramos junto al cadáver de Marbs era la de ella. Tenía un eslabón más, y..., y el cierre no funcionaba muy bien... Ella la perdió y entonces te quitó la tuya mientras le hacían otra...

—Eres muy inteligente, Chase.

—Soy un maldito estúpido.

Polly volvió a sonreír débilmente.

—Ha sido como el cuento de la Cenicienta, Chase. ¿No crees?

—Sí... Oh, sí, sí... Sólo que yo debí ir probando antes el zapato..., digo la pulsera...

—¿Sabes? Estoy pensando que cuando salga de aquí ya no me haré llamar *Twist* Polly... ¿No te parece mucho más acertado el nombre artístico de Cenicienta *Twist*?

Chase Manning estuvo unos segundos en silencio.

—*Twist*, yo..., yo he pensado...

—¿Sí, Chase?

—Bien... He pensado que quizá no deberías llamarte ni siquiera *Twist*... Bueno, entre nosotros sí. Yo..., yo te llamaría *Twist* entre nosotros, pero no sería necesario que trabajases y tampoco... Me gustará..., me gustaría llamarte *Twist*, pero yo solo, y... en fin, creo que mis superiores autorizarán nuestra...

—¿Me estás proponiendo algo, Chase?

—Creo..., creo que antes yo..., yo debería saber si me has perdonado.

Cenicienta *Twist* lo estuvo mirando, silenciosa ella ahora. Chase Manning, un agente del FBI que había cumplido con su deber. Aquél era el hombre que tenía ante ella.

—No tengo absolutamente nada que perdonarte, Chase. Y es más, acepto la proposición que adivino vas a hacerme, amor.

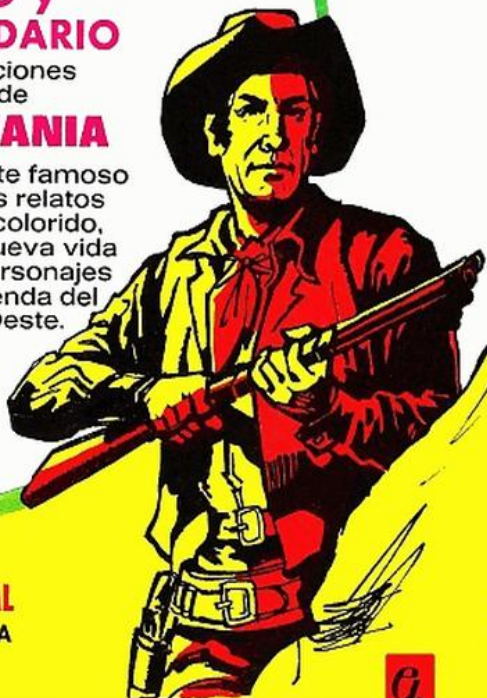
FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de
M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 18 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...

Notas

[1] SAC, son las iniciales de «Special Agent in Charge», es decir. Agente Especial Encargado, uno de los grados de mando o jefatura en el FBI. (N. del E.). < <

[2] En argot, se llama *bunni* a las vendedoras de cigarrillos de los *cabarets*, que suelen circular por la sala en maillot y con medias llamativas. (N. del E.). < <

[3] Rainbow significa arco iris, en inglés. < <